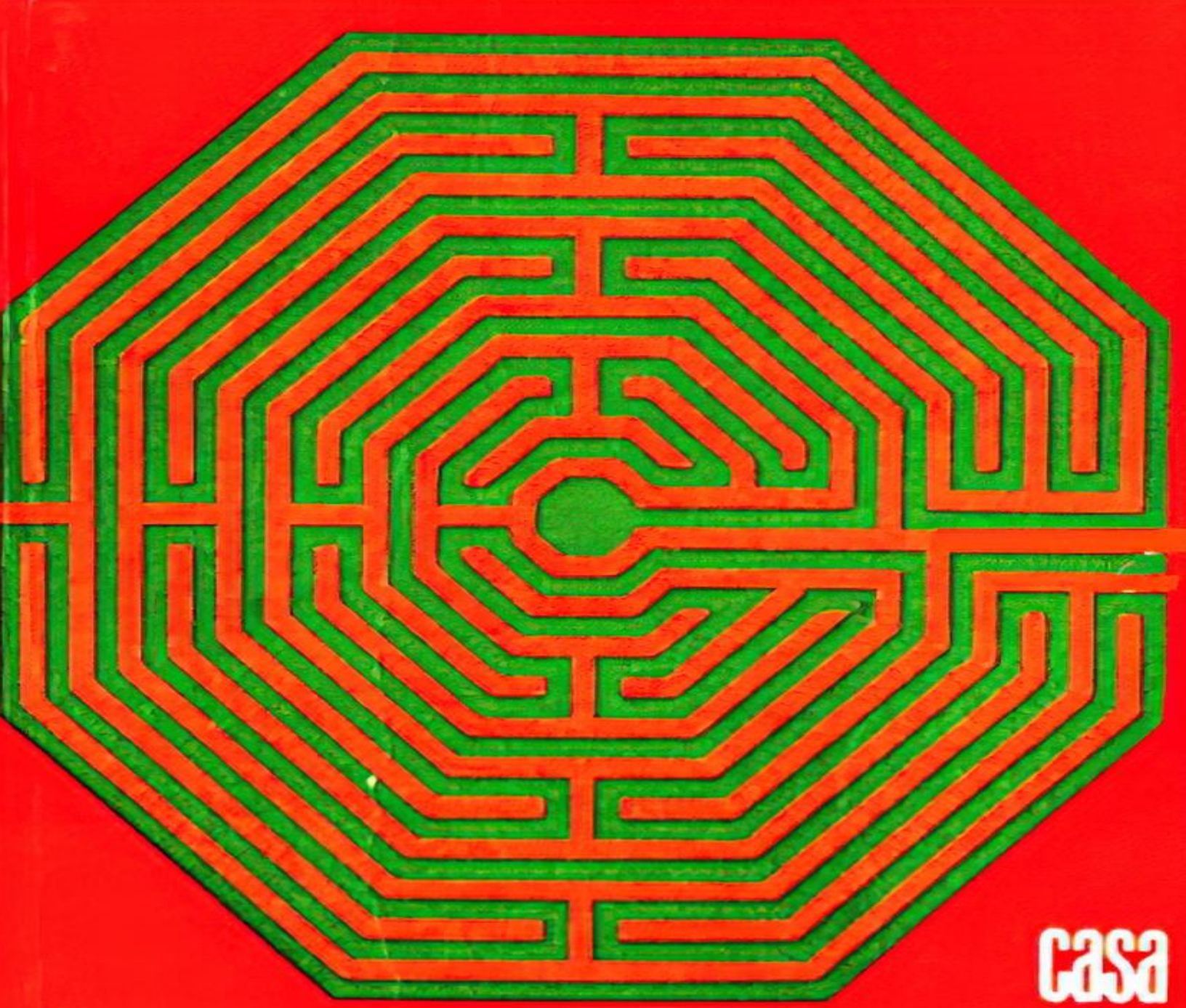


Casa

premio poesía 1974

CASA DE LAS AMERICAS

CANTO POPULAR DE LAS COMIDAS

Armando Tejada Gómez

Armando Tejada Gómez

Canto popular de las comidas

A JOSUÉ DE CASTRO

PORQUE SU MEMORIA

DESPERTARÁ A LOS PUEBLOS

FE DE BÚSQUEDAS

El primer deslumbramiento que tuve con el tema de las comidas en la poesía, fue en mi niñez leyendo nuestro poema nacional *Martín Fierro*:

Venía la carne con cuero,

la sabrosa carbonada,

mazamorra bien pisada,

los pasteles y el buen vino

pero, ha querido el destino

que todo aquello acabara…

Me inoculó cierta nostalgia esa sentencia, nostalgia por un menú que creí irrecuperable y que, creciendo, rescató la mano del pueblo, pues ninguno de esos platos habían caído al olvido, como creía don José Hernández. Más acá y ya lector infatigable, advertí en mis andanzas de cantor de ranchos y boliches, las innumerables referencias a los alimentos, su preparación y sus bondades que hay dispersas tanto en la copla popular anónima como también en el cancionero folclórico no sólo de nuestro país, sino también en el de España y la América Latina.

Allá por 1950, conocí fragmentos de la chilenísima *Epopeya de las comidas y bebidas de Chile* del gran Pablo de Rokha, precursor colosal —como a él le gustaba decir— de la poesía latinoamericana de masas. Luego, en cientos de libros perseguí las ocasionales alusiones a las comidas y celebré largamente el abordaje del tema por el otro Pablo inmenso, Neruda, en sus sensuales y bellísimas odas al caldillo de congrio, al ajo, a la cebolla. También me deslumbré de encontrar el olor a cocina en algunos textos sagrados de distintas religiones y, fundamentalmente, en esa catedral del conocimiento antropológico que es *La rama dorada* de Sir James Frazer.

No obstante, y como todos saben, la literatura sobre el tema es por demás exigua, y mis búsquedas, sobre todo históricas, han sido mayormente infructuosas. Tan es así, que al disponerme a escribir un *Cancionero nacional de las comidas*, origen de esta obra, con el músico salteño Gustavo Leguizamón, me encontré con un territorio inexplorado en nuestro país desde el punto de vista de la poesía. Todo lo que pude hallar está en la literatura de investigación folclórica, y los textos, casi siempre antiguas ediciones, son muy difíciles de consultar.

Tema tan subestimado por nuestro interés cultural ha provocado el asombro de la mayoría cuando se supo que yo estaba escribiendo sobre un asunto aparentemente tan distante de la poesía, según esta es entendida por nuestras costumbres mentales. Durante los dos últimos años he amolado la paciencia de amigos y desconocidos urgiéndoles datos, comentarios, alusiones, notas y cualquier material escrito, literario o no, que me ayudara a penetrar el cerrado mutismo en que hemos mantenido un hecho de tal categoría vital y tan lleno de connotaciones subyugantes.

En la tarea he descubierto cosas tan sorprendentes como que la comida regional es el único elemento folclórico vivo, pues nadie puede preparar plato alguno partiendo de los habituales recetarios de cocina, sino por la tradición oral y la práctica directa. En fin, que, como siempre, no sólo he ido escribiendo el poema, sino también aprendiendo, a medida que entraba en el tema.

Se advertirá claramente que, al contrario de los gigantes que me preceden —De Rokha, Neruda—, yo he dado menos materia poética al mundo de las sensaciones del paladar, porque me ha importado más expresar la relación dialéctica que las comidas tienen en la vida del hombre y de los pueblos, ajustándome a una geografía necesariamente limitada; lo que podemos definir como civilización de Tiahuanaco, esa zona de influencia cultural que va desde el Alto Perú al Río de la Plata, acentuando el contenido nacional de que se nutre mi poesía y la insoslayable regionalidad argentina de mi palabra.

Por último, y ya con la obra terminada delante, estoy cierto de que este poema no es sino un punto de partida. Me he preguntado también si en lugar de un poema a las comidas, no he escrito una especie de geopoética del hambre en nuestro Continente, y se me ha impuesto la obligación de dedicarlo al brasileño Josué de Castro, cuyos libros han dado a este poema ese estado de conciencia de lucha contra el subdesarrollo en nuestro Continente, vértebra de una lucha política y cultural contra el imperialismo donde la epopeya no se cuente sólo por los héroes, sino por la presencia de las masas populares en la transformación de la

vida histórica.

ARMANDO TEJADA GÓMEZ

Mi madre, que era muy criolla, le echaba amor a la olla.

LA FIESTA DEL POBRE

En los libros sagrados, delante de los dioses, se nombran los manjares con moroso deleite y uno sueña al profeta saliendo de los ojos y ve que esas palabras se hacen agua la boca y que el verbo ceñido se le pone jugoso a pesar de sus carnes flageladas de ayunos y de los cataclismos que predica en el viento.

—Esa es tu maldición de tinieblas, Job,

tu úlcera de espanto,

la ruina de tu hacienda y de tus mieses.

—Nada veo en los párpados de la mañana, Jehová;

dame un puñado de alba.

—La luz pace muy lejos. Tu cereal es muerto.

Las comidas presiden todas las ceremonias.

Se ofrenda hacia el silencio de los signos mayores con los frutos eximios, con las rojas primicias que las manos y el clima elaboran pacientes para aplacar la furia traidora del misterio y el compacto designio de la esfinge en la piedra.

—He aquí la piedra, Isis.

—Desbástale el silencio: quiero verla por dentro. —Amón reside dentro.

—Haz una piedra, Osiris.

—Tengo manos de niebla.

—Llama al esclavo. Él puede.

—Nadie puede al silencio. Nadie, ni aún la arena.

—Llama al esclavo. Él come y el bocado le duele.

Su cántaro de miel perdurará.

Después, cuando los dioses descienden a la tierra y entran a los asuntos domésticos del hombre, comparten aromáticas fuentes de codornices, odres de viejo vino, verdes tallos crocantes, abundosos racimos de dátiles y uvas y hasta el sexo terrestre de la hembra del hombre.

—La escudilla es un vientre, Li Po, voraz como la vida.

—Come tu arroz, Ying Lu, la lluvia no cesará esta noche.

—Siémbrame.

—No se siembra sin luna y con el cielo ausente.

Come tu arroz,

Ying Lu.

Jocundos haraganes, burócratas del tedio,

bajaron del exilio a buscar la alegría,

porque en los fríos templos la sangre era holocausto

y no la fiesta insomne del animal ardiente

que había domeñado el fuego y los metales

enfangado en la muerte y los apocalipsis.

—Vete a los baños, Claudius y vomita de nuevo,

¡aún hay vino en las ánforas y más ricos manjares!

—(Varinia…

—Di, Spartacus.

—Reparte el cereal por puñados iguales…)

—Hay que gozarse, Claudius. El tacto de la noche

es ya la piel de marzo.

En Hangchow, al sur de China, la ciudad de los lagos,

he visto el santoral tallado en la montaña:

gigantescas figuras de los dioses terribles,

sables como colmillos, colmillos como sables;

pero también he visto recostado en la piedra

un dios de enorme abdomen y plácida sonrisa.

Es el que está de vuelta de las eternidades.

Guiña un ojo. Denuncia la farsa de sus primos.

La gente allí le llama: Buda de la Alegría.

Pero dioses como este resultan subversivos,

exaltan la abundancia, la libertad del diente.

Proclaman, como Baco, el júbilo del vino

y la plena lujuria del amor a la siesta.

¿Cuál pudo ser la suerte de los Emperadores,

los caudillos del crimen, los Reyes, los Señores,

si acaso el pobrerío venerara su euforia?

Hubo que separar el cuerpo del espíritu.

Investir de poderes urgentes al Demonio.

Proscribir las especias. Encerrar los aromas.

Nombrarlo Comandante en Jefe del Pecado

y destinarle un reino de azufre en las cavernas,

para que el pobre prójimo de harapo y servidumbre

humillara la vida soñando con la muerte.

—Swami, los campesinos están quemando todo.

—Yo no veo hacia afuera.

—Todo arde, Swami, el templo…

—Nada existe ahí afuera. Ni el fuego de los hombres.

Flagrantemente áulicos, obesos dignatarios,

los zánganos zanguangos del Templo o del Estado,

llámense obispo, duque, vuesencia, señoría

milord, burgomaestre, alcalde, capitán,

no olvidaban su cuerpo, lo cuidaban muy bien;

los Reyes, bien se sabe, comían como reyes

espirituales liebres, faisanes, corderitos,

tortillitas de pámpanos con huevos de palomas,

ensaladas de pétalos, claro vino del Rhin.

Compraban en el cielo cámaras de descanso,

altos lechos de nubes a la diestra de Dios

acaso porque, el pobre, era un anciano solo,

sordo ya, distraído, ausente como un Dios.

—Y ahora, síganme…

—¿Adónde?

—Si lo supiera, iría solo.

—¿Solo? ¿Por qué?

—Porque sería Dios. Síganme.

—A los hombres no se los sigue. Se los persigue.

—Es lo que hago con Dios.

Ellos fueron felices y comieron perdices.

Morían confortados al tiempo de morir.

Hacían *mea culpa* y salían absueltos:

el espíritu al cielo, el despojo al Panteón.

El cuerpo, despojado, hervía de gusanos.

Cosa del Diablo. Espanto. Olor del pudridero.

Yacen de mármol. Huelen bajo las catedrales.

El hedor que despiden se tapa con incienso.

Ese es el olor típico de los templos del mundo.

Todas las religiones tienen olor a muerto.

Y que las brujas asaltaron el granero dando alaridos,

doy fe, ante este Tribunal de la Santa Inquisición,

volando, con niños y trinchantes delante de las faldas

y los dientes horribles delante de las órbitas

y llevándose sacos ubérrimos de granos,

volando sobre escobas y comiendo a los niños,

doy fe, con esta mano sobre las Escrituras…

Y el cuerpo fue olvidado. Su destierro fue largo.

La piel fue sometida milenio tras milenio.

Ayunos y flagelos ahogaban sus ardores

y el hambre fue el aliado de las grandes liturgias.

Los templos se construían con hambre acumulada.

Con hambre, los castillos, los grandes monumentos;

los tronos, las ciudades, las armas de los príncipes,

las altas catedrales, las joyas de las damas,

la corona del Rey, la gran Muralla China con cimientos de huesos;

Las Mezquitas, los fríos y ciegos Monasterios,

el aire a media voz que anda en las Sinagogas,

fueron erguidos todos con hambre de los siglos.
Pero si había un fasto de Bodas o Bautizos
o una coronación o la paz de una guerra,
los dueños de la vida ordenaban comer
tres días y tres noches, bajo un Dios indulgente.
—Dios me ha tocado ayer.
—¿En qué sentido?

Por eso la comida es la fiesta del pobre.
El festival del día. Su desquite ancestral.
Cuando nutre su cuerpo hinca el diente en la vida.
Libera, dentro suyo, la alegría infinita
que funda las raíces del canto y el amor.
—La tierra sabe a tierra.
—La tierra sabe. Es hembra.
—Destruyan el olvido.
—Entiérrenlo en la tierra.

Aquí en la vieja América, todavía es costumbre
enterrar a los muertos con ánforas repletas
de aloja y de comida para su largo viaje.

Aquí no separábamos el cuerpo del espíritu

y la muerte era un tránsito hacia la Pachamama.

Un regreso al origen desde donde regresa

la vida, caudalosa, como un río en verano.

SALMOS DE PIEDRA

1

Por las puertas del día entra el sol a la tierra.
Sube a la altura Puna. Celebra la altipampa.
Se goza en los cardones penitentes y ampara
la añosa y cotidiana ternura del maíz.
Imposible y de piedra perdura Tiahuanaco,
entrada hacia un silencio de duras soledades,
puerta sur del planeta, alto umbral de la luz.
El cielo allí es un templo adonde oficia el viento
funerales de arena, un llanto inmemorial.
Pasa otro siglo, cruza la pétrea arquitectura
un tiempo ya ceniza donde estuvo la sangre,
el terco nacimiento, el lúcido telar;
baja del polvo al polvo un estremecimiento
de la vida remota y el remoto esplendor,
la memoria del hueso donde murió la muerte,
el sonido, el asombro, el cósmico pastor

Yace abajo la sombra mineral del helecho,

la escritura geológica, el olvido animal.

Arriba pasa el viento. Solo el viento de cuero.

El viento solo y áfono. Ciego de eternidad.

Un sonido terrestre anda en la piel del aire,

plañe en todas las quenas, vuelve del *yaraví*:

finito e infinito sube de las quebradas

y es como si a la tierra le doliera la entraña,

las raíces que duermen doliendo en su raíz.

Por *la puerta del sol* entra el día a la tierra,

parpadea la oscura población del olvido,

excava con nosotros un arenal de siglos

y otra vez, duramente, todo va a suceder.

2

Vuelve el *Amauta*, dice demorado en la ausencia

su génesis terrestre, su oratorio perdido:

De la memoria que me queda /

puedo decir que muy antiguamente /

nosotros / los runas /

fuimos los primeros en abrir los párpados

y ver /

y reconocer los cielos y la tierra /

los mares y la luna / y los animales y las cosas

que nadie nunca antes había nombrado /

y pusimos en orden

al día y la noche… /

Mucho antes que vinieran los hombres

desde el mar /

ya estábamos nosotros

apacentando la gracia inasible de las llamas /

cavando el mineral /

cultivando el maíz y la papa /

escribiendo señales del futuro en la piedra… /

Desde entonces estamos aquí /

nosotros / los runas /

viendo pasar el cóndor sobre el viento

que nos hacía pensar grandes cosas /

como que estando él sobre las cumbres

la libertad tendría un modo de ser explicada

a los adolescentes y a los niños /

por los soles de los soles… /

En los vestigios duran

rescoldos de ternura / las cocinas /

el sitio /

donde murió la tarde

con los valles al aire y los ríos volviendo… /

Desde entonces estamos /

fundando los caminos /

reconociendo el movimiento

que viene de la luz

buscándole escritura a las estrellas /

persiguiendo el sonido

del viento entre los árboles… /

En la húmeda eternidad

de las vasijas de barro /

hemos guardado el cereal /

y la memoria de las formas… /

Y así es como la muerte

no ha podido olvidarnos…

3

En *Cachi adentro*, el útero,

en la maternidad del estallido

, arriba, a ras del viento, en la estructura

catedral de la luz y las estrellas,

he visto cómo yacen las Comunas

trazadas toscamente con el canto rodado

y cómo permanece la Casa de los Runas

donde ardió largamente la leña de la vida.

Son solo los cimientos. Memoria geométrica

de lo que allí moraba.

Las puertas contra el viento. La intemperie

inclemente donde fue la ventana.

La alfarería rota, el manotón del tiempo,

la herida a cielo abierto de las excavaciones

y la presencia cósmica del silencio inviolable.

En Cachi, allá en la altura *Kalchakí* de los Valles,

vi la pala del hombre mordida por el óxido,

la noble empuñadura gastada en el trabajo;

se ha vuelto tierra prieta lo que fue de madera

porque ha sido la tierra la que la preservara

en la preñez informe de las Huacas perdidas

donde velan, insomnes, su paz los *antigales*.

Y uno ve atardecer desde sus miradores

mudo ante el estupor funeral de la tarde.

En esa luz inmóvil no existe otro sonido

que el rumor interior del río de la sangre.

Arenal cae el tiempo sobre su misma arena

y lento y remotísimo se acumula en el valle.

Todo está contenido del aliento hacia dentro

y el tacto, sombra a sombra, toca el silencio y arde.

Algo Baguala, el grito, sale clamando largo

como un sollozo lejos, como afuera del grito

y luego, cerro a cerro, la luna kalchakí

subirá dando tumbos hasta quedarse cobre

y cuando uno regrese de allí, ya habrá nacido

otra vez a la urdimbre que procrea en la sangre.

Cuando todo amanezca y esté lucido el día
el párpado abrirá un ojo de ceniza,
bajará por un túnel de luz hacia el rescoldo
donde dejó olvidada su herramienta la vida.
Donde el cultivo pudo. Donde pudo el denuedo.
Donde oraron los verdes sacerdotes del clima
que anotaban las lunas calendarlas del árbol
y el sexo planetario que estalla en las semillas:
la papa subterránea como un rostro hacia abajo,
el camote solar, arenoso de azúcar,
el tabaco, fragante como un bosque en otoño,
el rojo escandaloso y orondo del tomate,
el falo vegetal del ají gritador,
el cacao gozador y el maíz promesante,
la mandioca y su puro almidón perezoso,
el kaki dulce y áspero, la vaina de algarroba
donde el sol hace aloja fermentando la tarde.
Ahí estarán los enseres, el paso fatigado,
el sudor que hace siglos regresara a la tierra,

los ciclos de labranza, las lunas seguidoras
y los simples canales del abuelo ingeniero.
Todo este movimiento subirá de sus sombras
por la explosión unánime del brote y la semilla
y cuando el día pleno alce el párpado ardiendo
los ojos ancestrales verán subir la vida,
ahí, en el mismo sitio donde duró el origen
con su materia en celo violando la alegría.

5

Porque la vida es terca y el polvo no detiene su agitado universo;
porque la muerte es terca y vuelve devorando el júbilo y la piel,
la sonora madera, la cal que desarrolla la antigüedad del hueso:
ese andamiaje sordo donde se apoya el aire para ser aire y ámbito
y espacio en las regiones de existencia ardorosa,
por simplemente el agua o el animal que empieza en cualquier sitio húmedo,
por eso es que no puede instaurarse el olvido.
Y así es como volvíamos: de sabernos la muerte,
de padecer los climas y las ciegas cavernas,
de abajo de nosotros, del grito necrológico,
de las profundidades del metal y la noche

con el rostro cruzado por violencias de polvo

como una papa oscura arrancada de cuajo.

Repitiendo en el sexo una alegría bruta entre el alcohol ardiente

que agitaba el ancestro disperso por la piel y ya era solo instinto,

furia de devorarnos gimiendo contra el suelo

como anverso y reverso de la muerte en nosotros,

tercamente, paridos de la sangre hacia afuera.

Éramos esos rostros de perfil contra el miedo.

Siglos del sol encima. De Mita y Encomienda.

Duras edades rojas, calendarios de piedra.

Éramos la escritura de la infamia durando,

viendo pasar la luz como un dios a lo lejos.

En nuestra sombra andaba un éxodo antiquísimo:

la furia del Incario antes de su derrumbe,

el feroz cazador de arcabuz y de sífilis,

el ruido a pasos fríos de un antiguo asesino.

Éramos solo el hombre que continuaba al hombre.

El antiguo habitante de los ríos azules.

El cazador de espumas. Acaso el alfarero.

Pero nadie podía atestiguar la entraña.

Era una sensación. Ya parte del olvido.

Nadie podía erguirse con el *kipus* en alto.
Ni el sol golpeado en oro de los tiempos metales.
Nadie podía nada contra el viento guerrero
ni repetir los gestos en llamas del *Amauta*.
Éramos solo parte de la escritura rota,
breves signos perdidos en la propia tiniebla.
¿Cuántas veces cruzamos por el techo del mundo
hollando el ventisquero y la quebrada altísima
con el color abierto y el cielo desollado?
¿Cuántas veces pisamos el camino de piedra
que iba desde el Imperio a la Tucumanía?
¿Cuánta muerte dejamos en el hielo de arriba,
qué hueso regresaba al mineral más hondo?
A veces, en las noches de los valles inmóviles,
mi sangre cavilosa se ve pasar muriendo,
se ve cruzar callada largos desfiladeros
donde el tiempo ha quedado petrificado y ciego.
De toda esta memoria guardo cierta intemperie,
cierta noción desnuda, una que otra tiniebla,
anotaciones breves y chispas inasibles
que me estallan de pronto de la índole adentro,

involuntariamente ráfagas detrás de los recuerdos,

algo que fui o que fuimos largamente a lo lejos,

Siento que así volvimos sin saber que volvíamos.

Todo el cielo era abuelo, origen, Pachamama,

principio y fin, testigos impávidos del polvo

que el viento enarbolaba consumando su hoguera.

Acaso esa memoria nos construyó el silencio,

así como el color nos vino de la tierra.

No importa en lo profundo, pero éramos un pueblo,

la terca vida, el fuego que volvía del fuego,

la sed contra el olvido, el salmo de la piedra.

CRÓNICA DE INDIAS

1

En las Crónicas del Descubrimiento, no está escrito.
No se dice tampoco en las Relaciones
a su Reverendísima Majestad Católica.
Los Libros de Bitácora son mudos al respecto
porque tratan de pájaros o corrientes azules o ríos como el mar
y además, tanto asombro no cabía en los ojos
y todavía menos en la caligrafía atroz y laberíntica
donde el idioma daba tumbos de toro herido
sea que fuera un monje perdido en la escritura o
el Señor Almirante de Todos los Océanos, Cristóforo Gaviota
como debió firmar desde el día o la noche que violentó las aguas
y vio crecer la tierra, como un vientre, en la proa.
No lo dice en sus Cartas. Consta en las listas básicas:
tasajo, cien arrobas, cereal veinte noques,
tres barricas de sal, pero es la suma gruesa,
el dato amontonado de imprescindibles víveres;

nunca jamás la alquimia, la mágica manera,

los hervores precisos por lo que recobraban

la cualidad nutricia y el sabor resurrecto y el olor a comida.

No está. Nunca lo dicen. Nadie describe el modo de tomar alimentos.

No recuerdan el vino que vino en las bodegas

ni el trigo ni el arroz ni el pez incandescente

o las destilaciones asesinas

que les ponían ráfagas de espadas en los ojos

siendo, como es que fueron, definitivamente alucinados.

Un abismo ese olvido. Un pozo de los siglos.

Debió ser un regreso vergonzante al cilicio

porque, como creían, esos magros desdenes al júbilo del jugo

les daban una módica, raída transparencia a los ojos de Dios

y, pues que eran ascetas, él los vería claros

maguer las violaciones sucias de sangre y lodo

y esa sed y ese arder por el oro y el moro.

2

No era tema de honor ni asunto de relato

y mal podría andar mezclado a las hazañas

el vulgo de yantar, sus pormenores dóciles al olvido

en épocas de Endriagos. Trapalandas

y precipitaciones geográficas, mapas de no acabar,

lentes bahía, islas de ardido trópico en la brújula;

porque el tiempo se había vuelto loco

y sólo lo grandioso conmovía:

Atlántidas, ciudades de oro y plata,

soles de oro macizo destituidos del cielo

al norte, al sur, al este y al oeste,

verificables sólo por el amotinamiento de los pájaros.

Se nutrían de fábulas y andaban tremulentos de leyendas

toda vez que hasta Dios incurrió en olvidarnos

entre sus Escrituras y éramos inocentes

de sus feroces Tablas y estando como estábamos

sin profeta en la tierra, la desnudez que hubimos

era un modo del aire, ya que el cuerpo era todo

como si fuera cara ante el fuego y el hielo,

todo el cuerpo era cara:

el mismísimo rostro de la naturaleza en estado de ser.

De aquestos sucedidos se llenaron la boca

y no podían menos que agrandar lo que hallaban,

pues que era grande ya partir hacia el asombro

aunque fueran buscando un paso hacia el oriente

para facilitar el tráfico de Especias

con destino a halagar el paladar del mundo.

No les cupo en los ojos tamaño sucedido.

Les tocó amanecer Señores del Misterio.

Aquí, en estas distancias, nacieron a lo enorme

y ya la Especiería perdió todo horizonte.

De pronto, Adelantados de las Navegaciones,

hollaron el reverso del día y de la noche.

3

Todo ascendió al milagro y sin más valimiento

que la fiebre, el coraje, el sórdido apetito o las alumbraciones,

cada uno en su sitio se sintió destinado

ya que habían pisado al fin la desmesura

y, allende el mar, el mundo había envejecido

de una vez para siempre sin que ellos lo supieran

y aún mucho menos que esto era un Continente,

como que no supieron debajo de la muerte

que le habían volteado la puerta al horizonte

en el que los cartógrafos anotaban estrellas,

cruces, constelaciones, extensiones del cielo
donde estallaba el número y la geometría
porque había más norte del que se suponía
para situar aquí el ombligo del mundo.
Así fue que olvidaron. Así fue que nacieron
turbiamente de nuevo dos veces ese siglo
y aunque escribieran largos informes obsecuentes
a Sus Reverendísimas Majestades Católicas,
salivaban procaces la Corte calzonuda
dueña de un mundo oceánico breve como un pañuelo,
ahora que ellos eran Capitanes del Límite
y habían derrumbado los muros del espacio.
Chancheros, escribientes, horteras, ganapanes,
deudores, condenados, ralea, leva, garfios,
pinzones, sánchez, gómez, pérez de pero y pera;
libertos y corteses, pizarros, alvarados,
quirogas, bajo pueblo, giménez de la nada:
solamente la chusma disponible esos días:
balboas, alvar núñez, mendozas, magallanes.
Nada. Ni un solo príncipe. Ni un hidalgo señor.
Ni un señor hijodalgo. Ni un caballero. Nada.

Nadie para dar fe. Nadie sino los pobres infelices sin nada.

Brutos como una ostra. Gente de bajo instinto.

Carne de mugre y muerte. Banderías de harapos.

Despertaron a Dios, lo llamaron al alba:

—¡Señor, allá debajo hay otro continente!,

gritaron, patalearon, le gastaron la aldaba.

Dios revisó los Libros. Dijo:

—Aquí no está escrito. Guiñó un ojo a sus ángeles

y mientras regresaba a su nivel de sueño,

dicen que murmuró:

—Otra treta del diablo.

4

Los Reyes han tenido más poderes que Dios

puesto que Dios no es otro que una inmensa metáfora

para asir, de algún modo, la mitad invisible de lo reconocido,

por esa breve y simple sílaba de ceniza: Dios.

Algo como el respiro de la vida y la muerte

para cerrar la boca abismal del misterio: Dios.

Pero los Reyes pueden organizar su Dios

para esconder el humo de sus depredaciones:

disponer de los unos, degollar a los otros

y ofrendarles sahumerios dispersos en el viento

porque parece ser que los dioses del hombre

se alimentaron solo de destrucción y fuego

y que sus catedrales, construidas con martirios,

solo hubieren lugar para los vencedores

y al vencido, sin Dios, le ocurriera el destierro

de modo que la vida se cuente por victorias

habidas, mal habidas, habidas por azar como fueron habidas

estas lejanas tierras ausentes de escrituras,

de propósito alguno, de ordenación o rango

y es que yendo a buscar pimientas y canelas

dieron con que se dieron de nariz con la tierra;

y en lugar de quemar sus oráculos torpes,

sus brújulas de alcoba, sus monjes sordomudos,

procedieron negando la existencia del ánima

que había aparecido en el traste del mundo.

Así fue que detrás de los Adelantados

de Todos los Albatros,

vinieron los Alcaldes, a ojo de buen cubero,

los frailes remanentes, los Señores de Horcas

y los Gobernadores de Muy Habida Cuenta
para imponer un orden de dioses y cuchillos
y ahogar en sangre al sol del maíz y la melga.
Y como que los Reyes pueden con Dios, pudieron
envilecer las Crónicas de los Descubrimientos
alentando a los sórdidos saqueadores del oro
y atorando de espanto tres siglos de desprecio.
Ya nadie halló el Camino de las Especierías.
El diablo era muy diablo y fundó aquí el infierno.

5

Tal parece que ellos no comían por no pecar de gula
o morir en pecado y muchísimo menos describirse comiendo
o haciendo relación de cocido o fritura que enloqueciera el aire
o hablar de su pitanza o la marmita hirviendo;
cómo es que olía el pez en la cazuela y el pulpo al pimentón
rehogado de aceite de oliva de Castilla
o la negra chafaina de animal desangrado y muy recientemente,
acaso el bife de hígado con perejil y ajo
o la mera fritanga de cebolla con hojas de laurel de Extremadura
cuando no había más y solo era recuerdo la pierna de cordero

revolcada en ceniza si es que no hubiera sal en la talega,

como es que sucedía de manera frecuente, pues entonces fue escasa,

como que se recuerda que de ella deviene la palabra: salario;

así que antiguamente se pagaba con sal al artesano

para que su bocado tuviera su aleluya

y alguna vez siquiera el pobre de la tierra tuviera una alegría.

Ellos se recataban de mentar las comidas

aunque muy claramente se descuenta

que hubieron de llenar las bodegas de jamones cocidos

por el viento en las Sierras

y cuelgas de chorizos y orejones pulposos,

ya que el tasajo era tan solo un ingrediente en el guiso de alubias

sustentando a tocino y lenguas de carnero o trufas u hortalizas

bien que magras aún, ya que recién llegaban y ponían pie en tierra.

No lo han dejado dicho por resultar pedestre entre sus avatares,

como tampoco dicen que volteaban las indias

con la furia volcánica del hombre en soledad,

pensando o no pensando que todo se sabría

con solo abrir los ojos unos siglos después

y verse las dos sangres y tener dos raíces:

una para la muerte, otra para la vida, pero ambas sin olvido

y atrozmente mirando atrás, abajo, arriba,

en la médula misma de la violada vida.

Pensando o no pensando que la vida resiste

y que la muerte deja señales en la arena,

por lo que, muchas veces, ya caído el guerrero, comido por las fiebres,

tragado en el pantano, desollado en olvido, asaz despedazado,

irrumpía un vagido lejos de su agonía entre una y otra lluvia

tenaz, interminable, carnal, espesa, oscura, dentada de relámpagos.

Ellos no hacen memoria de comida o fritura, pero

bajo sus muertes

se han hallado frijoles y ruinosas cucharas.

6

«Era el gran MONTEZUMA de edad de hasta cuarenta años

y buena estatura y bien proporcionado y cenceño…»,

describe subyugado don Bernal Díaz del Castillo,

uno de los Cronistas, muy de pluma velamen y húmeda de asombro

ante, como él escribe, «la manera y persona del Rey de los Aztecas».

«Y pocas barbas, prietas y bien puestas y ralas».

«El rostro algo largo y alegre mostraba en su persona

en el mirar, por un cabo amor y cuando era menester gravedad,

era muy pulido y limpio; bañándose cada día una vez, a la tarde;

tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores,

puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres,

que cuando usaba con ellas era tan secretamente

que no alcanzaban a saber sino algunos de los que le servían…».

Pero es cuando la lluvia, la interminable lluvia

agobiante del trópico, le moja las hazañas

que él reconstruye el siglo

y nos da testimonio meticulosamente

de la naturaleza cotidiana de América

y, por primera vez, desciende a las comidas

solo porque esta vez se trata de nosotros:

hijos definitivos del sol germinador.

Entonces nos precede cinco siglos, porque él como nosotros

entiende que el poeta gusta la pulpa y busca

entretanto el carozo, el hueso de la vida.

Así es que nos escribe y nos describe, aunque por lo fastuoso,

en los rituales actos de nutrir nuestro cuerpo

no solo con la médula sino con el sabor y el olor lujurioso:

«En el comer, le tenían sus cocineros

sobre treinta maneras de guisados hechos a su manera y usanza

y tenían los puestos en braseros de barro chico debajo,

porque no se enfriasen y de aquello que el gran MONTEZUMA

había de comer, guisaban más de trescientos platos

sin más de mil para la gente de guarda…».

Hay un olor a frutas, hay un color demente,

se siente el movimiento ceremonial del cántaro

volcando el mediodía torrencial de los vinos

y la vida tañendo por entre las vajillas.

7

Encandilado sigue. Con los ojos ardiendo

mira hacia su memoria, reconstruye a relámpagos:

«… y cuando habían de comer salíase MONTEZUMA

algunas veces con sus principales y mayordomos

y le señalaban cuál guisado era mejor

y de qué aves y cosas estaba guisado

y de lo que le decían de aquello había de comer

y cuando salía a verlos eran pocas veces

y como por pasatiempo…».

Cronista ya de prosa terrestre,

Bernal describe al príncipe comiendo como príncipe.

Enjaulado en la lluvia, ceñido por la muerte,

mezcla los sucedidos y desfonda los hechos:

«oí decir que le solían guisar carnes de muchachos

de poca edad, y, como le tenían tantas diversidades

de guisados y, de tantas cosas, no lo echábamos de ver

si era carne humana o de otras cosas,

porque cotidianamente le guisaban gallinas,

gallos de papadas, faisanes,

perdices de la tierra, codornices,

patos mansos y bravos, venado,

puerco de la tierra,

pajaritos de caña

y palomas y liebres y conejos

y muchas maneras de aves

y cosas que se crían en esta tierra, que son tantas

que no acabaré de nombrar tan presto…».

Y luego su atavío y las maneras de su servicio

«al tiempo de comer». Lumbre de ascuas olorosas,

blancos manteles, ídolos tallados en la mesa

«… y cuatro mujeres muy hermosas y limpias

le daban agua a mano… Y le daban sus toallas

y otras dos mujeres le traían el pan de tortillas…».

Al fin pues, hay noticias de aroma y abundancia

en la gesta famélica de los dioses oceánicos

solo porque la lluvia le ceñía la muerte

y él daba fe, escribiendo entre grandes relámpagos.

LA SUDESTADA

1

Somos los que vinimos del mar, el oleaje de la sangre.
Bien que aquí había cielo como para apagar el horizonte
y tierra, a dos ponientes, como para hacer horizontes
de cualquier polvareda.
Así, cuando llegamos, nuestros nombres perdieron
el sonido profeta con que fueron nombrados
en la aldea perdida o las calles estrechas de la ciudad natal.
Aquí nadie era nadie. La soledad violaba.
Y nadie reclamó su simple filiación, su dato mínimo.
Nosotros, Juan o Pedro o como nos nombrase la raída ternura
no teníamos ya pasado, sino olvido.
Éramos solo piel. Los ojos del naufragio.
Vinimos españoles, judíos, italianos;
gentes de antiguas tribus, franceses, alemanes;
feroces de prejuicios como un nudo de víboras,
resaca, mugre, olvido, vergonzantes piratas;

gente de furia al cinto, sumisos cuchilleros,

a buscar sitio y oro y otras inmunidades.

¡Qué sumidero, América! ¡Qué país del desprecio!

¡Qué exilio para hacerse con el oro y el moro!

De algún modo, el que vino, venía para irse:

para llenar la bolsa y vaciarla al regreso.

Desde que don Cristóbal encalló en esta orilla,

todo fue enredo aquí, puerta del limbo.

¡Desde que el Comandante enfrentó a las gaviotas,

todo fue confusión y mal parido!

No es dable imaginarse lo que pasó en la Corte,

en los mapas absortos; en el sueño, en la Biblia:

flagrante Adán desnudo, Eva sin su manzana.

El Talmud quedó mudo. El Corán hizo agua.

Un rayo ardió las barbas de la filosofía

¡y todos fueron vistos con el trasero al aire!

2

¿Y Colombo Colón? ¿Y las tripulaciones?

¿Y la Reina Isabel? ¿Y su Rey don Fernando?

¿Y el Papa en su Papado? ¿Y Dios entre las arpas?

Todos ahí, mirándose, con la brújula ardiendo,

loca de norte y cielo, violada por el agua.

Una ráfaga cruda cruzó las Catedrales

y se mezcló a los rezos y a otras confesiones.

Se decía que el Diablo navegaba estos mares

y que el infierno estaba de la brújula al norte.

¿Porque si no era Indias, qué cosa era este sitio?

¿Qué aparición de azufre y lujuria y volcanes?

¿Y esas flores fragantes del tamaño de un niño?

¿Y ese erótico aroma del cacao y del plátano?

¿Y el ananá, de súbito, como una bocanada

que nadie, tan perverso, hubiera imaginado?

¿Y el tomate, desnudo, con el ombligo al aire?

Diz que fue prohibido en reunión de Obispos

y que se le llamó: la manzana del diablo.

¿Y la nieve nutrida de la papa cocida?

¿Y su flor, que era el párpado del rocío en el alba?

¿Y el maíz, y su risa de redonda frescura

como una carcajada de la naturaleza?

Violentamente todo se sumó a la violencia.

Tanta vida desnuda debió ser castigada.

Fueron casual de pestes, entraña del pecado,
un error, un descuido de los Salmos piadosos
que hubimos de abolir sin ninguna piedad.
Se le anotó la fecha: doce de octubre, a fojas
uno del Mundo Nuevo, a un mil cuatrocientos años
de Dios Nuestro Señor…

3

¿Y Nosotros? Nosotros de inciensos y de infolios,
de íncubos y súcubos y de largos velones,
nosotros que arrastrábamos sordas inquisiciones
y Autos de Fe y martirios y brujas crepitantes;
nosotros, los ungidos por las flagelaciones,
gringos de toda laya, sumidos cancerberos,
entramos a la tierra navío tras navío
a cubrir el gran sexo de esta loca terrestre
y la desmesurada violencia de su júbilo.
Américo Vespucio la anotaba en los mapas,
pero ya en las callejas la fábula era loca:
—En América el sol convierte el barro en oro.
—Hay ciudades enteras de pulido diamante.

—Dicen que al sur hay ríos todos de entera plata.

Y la leyenda andaba, sórdida, en los palacios.

Y así vino la fiebre. Gente del mar venía,

ingleses, holandeses, vikingos de sol alto;

se sabe que no hubo sangre que no viniera:

cometiera su culpa y tomara su parte.

Griegos de hondo silencio, chinos de leve paso,

rusos de grandes sombras, portugueses callados.

Cada cual, a lo suyo, lentos depredadores,

dioses del arcabuz, feroces cabildantes.

Aquí, sobre este viento de sur hasta el oeste,

todos tiraron piedras y escondieron la mano.

Y un día, un largo día, los navíos se hundieron.

El sol incendió el viento. Y les quemó las naves.

4

Qué día aquel: ¡Qué hermoso regreso a la grandeza!

¡Tamaño de la hombría! ¡Qué asumida aventura!

Alguien dijo: es la tierra. El sitio de la vida.

Traigan el mástil, claven su altura en la mañana.

Venga el culpable. Muera su muerte el asesino

y beba el oro líquido y fúndese y no olvide,

porque el hijo del hijo ya no tiene regreso

ni brisa ni velamen ni brújula ni exilio.

Esta es la tierra. Es esta la patria de los días,

de lo que viene y fluye y tercamente, queda.

A qué volver, adónde volverá el que era olvido.

La ausencia tiene el rostro de la muerte y el hijo

no tiene ya más cielo que ese azul horizonte,

ese simple suceso de semilla y de trigo.

Así fue que nosotros, que vinimos del mar,

después de tanta culpa, descubrimos la tierra.

EL DÍA QUE LLEGARON LAS GAVIOTAS

1

Seguramente brumoso, de niebla por delante,
el día que llegaron las gaviotas, olvidó las señales
y las madres tuvieron que ocuparse de los breves asuntos familiares
demorando los sueños que traían atados a la punta de los pañuelos
como una torpe estrella de esperanza
y dar de mamar a los críos y de comer a los abuelos,
mientras los altos hombres indagaban el aire, tensos y recelosos,
dejados de la mano del mar ya para siempre
Y para siempre lejos de todo nacimiento que no
fuera el asombro
o acaso, el simple miedo.
Porque todo era tierra de lo gris hacia adentro
según se presentía
y Oeste o Sur o Norte sonaba a desmesura
y todo era un abismo de cielo y horizonte sin posible regreso,
desde el lejano día en que los mástiles fueron traídos a la tierra

y clavados allí: en la entraña del viento,

no solo para señalar algo

sino para empinar alguna eternidad en tanto desamparo,

sin saber que los barcos no vuelven de la tierra

y aquí, en la arena virgen, empezaba el olvido como una polvareda.

Seguramente nadie se sentía leyenda

y así fueron filiándose por nombre y por oficio:

como fundamentando su presencia en la bruma,

nombrándose, cumpliendo los ritos del arribo:

carpintero, albañil, picapedrero, gente de la materia denodada,

duros agricultores de manos verde pámpano.

Así eran las gaviotas el día que llegaron.

2

Luego entraron al viento, a los largos caminos

recién inaugurados por el polvo primario o el galope,

echándose el olvido a las espaldas, cavilando el silencio

de esta enormidad terrestre, siempre de sol al tope,

inmersos, derrumbados por la crueldad descomunal del paisaje

sin nada ni armadura o hierro o fuego o hueso

para que resistiera la distancia y el vértigo del cielo

que no acaba;

demorando en la boca las antiguas palabras,

el sonido a regazo del idioma natal,

la impotente plegaria que ahora no servía,

que ya no serviría para espantar el miedo,

porque, de golpe, el miedo ya no era ni la muerte

sino una noción nueva de durar en la arena

asediados por toda la furia de la tierra.

Era peor que la muerte ese miedo a la tierra.

Porque todo era extraño. Era inmisericorde.

Y allá lejos, muy lejos, la ternura tenía parientes y raíces

y la agonía un dulce ritual de padre y madre.

Así de lentamente,

mordiendo sus cebollas y galletas,

la cabeza caída a la fatiga de los trenes jadeantes,

amontonando el sueño en los baúles,

bebiéndose la sopa junto con el respiro,

cuidando la flor a las adolescentes

que soltaban los pájaros de su pelo de trigo,

así de lentamente, entraron en el viento.

Todo quedó horizonte y demorado, ahí donde lo ve:

donde ya estaba

de amarillo quemado como cuero.

Así de lejos siempre.

Entonces, regresaron las costumbres.

Todo se repetía como un rito para salvar la vida que sabían,

el decoro del tiempo que vivieron atrás, al fondo mismo del abuelo,

en la región más honda de la memoria, que ejercitaba gestos y ademanes,

una que otra palabra rescatada del polvo.

No sabían que entraban a la geología,

a la inocencia oscura de la tierra,

al animal olvido

que era piedra y no hueso debajo de las cosas.

Porque aquí anduvo el viento solamente. Solo y a dentelladas

en torno del incendio que era el clima

como una piel del fuego que calcinaba el aire, adentro,

en el útero continental del mapa.

El viento solamente. Su furia largo a largo.

De ahí que ellos callaran como para afirmarse,

que anduvieran hombreando la sombra que trajeron.

Lejos, a tanto mar de su raíz, temían.

Todo aquí era fantasma.

Acecho de distancias.

Por eso hablaban poco, solo lo necesario para reconocerse

en cierta leve estirpe lejana de la bestia.

Y es que la tarde, que inmolaba soles,

la agonía de luz de las distancias,

derrumbaba en la sangre la tristeza, empozaba la voz, cavaba adentro

como un topo de sombra hacia la índole.

Les fue muy necesaria la ternura. Era tan necesaria

que entonces se obcecaron en los gestos de hacer el pan

y el fuego y las comidas y mirase a los ojos mansamente

mientras la noche ardía en las hornallas

y era la piel del cosmos, ahí afuera,

compacta soledad de dura sombra.

4

De manera que entonces, hablaban breves cosas,

solo el suceso hereje del desmonte,

ni un sí ni un no muy hondo: los nombres y la siembra

la lenta fundación de las regiones.

Nadie les dijo nunca grandes cosas,

que empezaba con ellos un pueblo muy adentro,

que cuando regresara del humus la semilla,

al año caviloso, cuando volviera el clima,

la vida que trajeron salvaba para siempre el júbilo del hombre.

Por eso se vinieron desde el mar a la tierra

y los que trajeron a los niños, las madres, los abuelos,

eran menos capaces de la soledad, sencillamente,

una manera simple de encontrar el coraje.

Los que venían solos se volvían, comúnmente volvían.

La soledad es cruel como la muerte.

Fue de ese modo que la gente innominada,

la que había sufrido las heridas y el frío

y el viento de Tercera,

los hombres del olvido, las gaviotas caídas a la tierra,

comieron lentamente las semillas

con los ojos perdidos en su propio destino,

en realidad pensando la escritura del humo

para desentrañar lo que vendría luego,

cuando el amanecer retirara las redes y se viera allá lejos,

la distancia y el monte enmarañado y hosco,

largamente inviolado,

todo un cruel territorio de violenta sequía.

5

Sucedió entre tareas e inmigrantes.

¡Vaya a saber de dónde, aunque lo sepa!

De pronto hizo su sombra, dio su paso.

Nombrado por el mundo apenas hombre

adquirió su lugar, fue incorporado.

Vaya a saber de dónde es que venía

mezclándose, a mezclarse y reencontrarse.

Oficio de nacer, de andar la tierra,

náufrago de los puertos, descastado,

llegó y entró en el otro como huyéndose,

como reconstruyéndose el naufragio.

Allá también vivió por las orillas.

También olvidó el nombre y fue olvidado.

Vino a ganar el agua, el continente

y a avanzar el pedazo, el trecho árido,

vino a hacerle regiones al desierto

y después comprender o nunca o cuándo

y entonces ya no importa la memoria,
la historia nos comienza, ha comenzado
su espesa multitud y el nacimiento
de altas artesanías, tempestades
de tarea y tarea y dura ciencia
y amor y agricultura, ha comenzado
a serle imprescindible a los caminos
su callada paciencia, su ancha mano,
porque ya es para siempre esta tarea,
la vida es para siempre. Hemos pactado.
Desde luego el empeño, desde luego
el país tiene orillas manejadas,
desde luego que algunos no pudieron,
no pueden y hay orillas, van quedándose,
muriéndose, sufriéndose y queriendo
su bien ganada sal, su poco de agua.
Sentirse un remolino, una violencia,
un hombre por hacer, un rostro exacto,
unas desmadejadas multitudes
fuimos, somos, seremos, esperamos.
Llegó y entró en nosotros como huyéndose.

Penetramos en él como un naufragio.
Apellido central, ya se está viendo:
sube en la levadura solitaria,
por cierta iniquidad y ciertos odios
entre circulaciones inmigrantes.
Se lo ve aparecer carnal, rotundo
materialmente duro y terminado,
anecdotario y hecho, aparecido,
sufrido de país, vamos hallándolo;
cercano a no poder pero siguiéndose,
negado y castigado y explotado
y succionado y basta y no paremos
y empujemos la voz, vamos compadre:
métale esta raíz hasta los huesos
a la materia nuestra del paisaje.
Hay que ver cuántos modos tiene un hijo,
con que rostro aparece y en qué año.
Bueno es seguir, cantar con fundamento,
levantarse cantado, reencontrarse
exactamente igual en lo que fuimos,
en lo que somos siendo tan exactos

y atestiguar los pobres nacimientos,

los tantos, los montones, los millones,

sumados a la suma de la sangre.

Pero también amor, pero aguardemos

porque esta anatomía crece y crece

y lleva el corazón diseminándose.

Espéreme compadre, que lo esperen,

vamos por nacimientos rescatados,

esperemos nomás, pero cuchillos,

pero la misma lucha mientras tanto,

tantos que hemos nacido, que nacemos,

veámosle la sombra al olvidado

y sus tantas historias diariamente:

veámosle llegar, hacerse hermano.

Tanto que hemos nacido al fin, entremos,

volvamos al total de cada uno,

regresemos al útero más grávido,

donde por hombre y hombre sumergido

nos sube el apellido de la patria.

BUEN DÍA, PATRIA

1

Negra *mazamorrera*, Vuesa Merced no cruza
los patios solariegos hasta el último patio
donde tañen los días tus rudas cacerolas:
que eso no queda bien y además, los olores
ofenden las narices empinadas de doña
Visitación de la Santísima Trinidad de López y Gomara
y su corte de damas cluecas de miriñaques
y muy lentas gavotas.
No, Dominga Motombo. Ellas no se acercaban
ni a traerte las órdenes.
Mandaban a los criados a tu cocina sórdida
donde, espesa de nieblas, espumabas la olla
iniciando el impúdico ritual de tus pucheros
que Juego llegarían en bandejas de plata
a husmear el apetito leve de la opulencia
que no paraba mientes en tu ciencia modesta

y sí que milenaria, aprendida en cien fuegos,
en corrillos de viejas sin dientes, comedidas
que enseñaban sus artes de la boca a la oreja,
contando las porciones, la pizca, el condimento,
el tiempo de cocción inapelable:
la única noción que tenías del tiempo
entonces Colonial, moroso, circunspecto.
Tus amos, aturdidos de tedeums y oraciones,
de cédulas reales y umbrosos cabildeos,
seguían suponiéndose etéreos, deletéreos,
apenas encarnados de aquesta ruin materia
que los encorcetaba a bajos menesteres.
No se bañaban nunca por no verse los cuerpos.
Damas y caballeros hedían a cien leguas.
Los perfumes de oriente morían calcinados
por el irrespirable olor a santidad
de esos tiempos rumbosos de Virrey y Virreina.
Tú, Dominga, en el río, partías el verano
como una gran sandía de júbilo, a la siesta,
con Nicolás Turumba que, ardiendo, convocaba
a los dioses fluviales de tu índole negra.

Se sabe por tu boca y si no, no se sabe
qué ingredientes convienen al pez o al guisado,
al pato elemental, al animal de monte
desangrado y hervido con chorros de vinagre.
En tus manos, abuela, cocinera del mundo,
las cosas se transforman súbitamente mágicas
y la naturaleza se somete a tus órdenes
con la clara obediencia natural del milagro.
La hortaliza plural, la harina palpitante,
el aceite abundoso, el repollo crispado,
el cereal potente, las carnes, los menudos
salen de tus industrias lujosos y fragantes.
¿Quién guardó los secretos, el proceder, el gusto,
la forma, los aromas, el picante equilibrio,
sino las servidumbres vestales del romero,
la humilde y silenciosa paciencia de los siglos?
Madres de brazo en jarra, delantal remendado,
bajaban al mercado, a la feria estentórea
a escoger combatiendo lo más verde del día

y la más portentosa naturaleza cruda.

¿Olvida usted que el trigo comienza en la semilla,

sube a la espiga, cae y luego recomienza?

¿Ignora usted que el guano, macerado en la sombra,

alimenta lo tierno de las esparragueras?

¿Sabe usted que la tierra, emporcada de vida,

lo mezcla todo y sube, dificultosamente, hasta la primavera?

¿Quién transgredió estas leyes? ¿Quién dio vuelta a la torta?

¿Quién olvidó que come, digiere y luego piensa?

¿Cómo fue que caímos, madres, a tal olvido?

¿Quién fue el oscuro imbécil que comía en la tierra

y después profesaba la inocuidad del cielo?

Ellos, madres, los zánganos, los dueños de la espada,

ellos, los comegente, los comepueblos, ellos

que juntaban sus dioses en sus templos del odio

y después descendían a repartir el miedo.

Menos mal que allá abajo, en la mesa del pobre,

la sartén no cesaba de freír lo evidente,

menos mal que crecía la rebelión del ajo

y en todas las cocinas resistían los pueblos.

Buen día, niebla,

gris además del río.

buenos días, país,

dibujo en la llovizna.

Ande con Dios, que dicen

que ha salido a la plaza

y anda de patria en pecho,

criollo y de escarapela,

preguntando qué pasa,

¿dónde fue el estallido

y ese rumor que exige

saber de qué se trata?

¿De qué se trata arriba,

de qué se trata abajo,

de patria, dice usted?

¿Dónde adquirió el sonido

que tiene esa palabra?

¿Dónde obtuvo el sentido

de tumulto y campana

que ha llenado de pueblo

trepidante la plaza?

—¡Ha caído el Virrey!

—¡Somos libres de España!

—¿Pasteles, Su Merced?

¿Libertá, es la palabra?

—Libertad, li-ber-tad…

—Eso digo, señor:

libertá es la palabra.

En algunos salones

se reían los Godos:

—El populacho tiene

la libertad mojada

(ese día llovía

sobre la Plaza de Armas).

—Cómo van a ser libres

estos criollos mugrientos…

—Escúchelos hablando

de libertad.

—Ni saben pronunciar

la palabra.

¡Liberta, liberta

libertá, liberta…!

—Muy buenos días, Patria.

4

Abuelo polvareda,

gauderio, guacho o gaucho,

señor de pata al suelo,

centauro de dos sangres,

hueso del alarido que enceló las patriadas,

en qué galope oscuro te derribó el olvido,

magro de ser y sombra,

óseo perfil de *charqui*,

charqueado por la escuálida ración de dos silencios

en torno a la intemperie de fogones fantasmas,

cuando el Cura o el Jefe o el Señor de la tierra

te enganchó por las suyas para cuerpear las lanzas.

Desocupado errante o mal entretenido,

crónico vagabundo, famélico y andrajo

de la ambición siniestra que desoló la tierra

cuando la patria andaba con el grito a media asta.

Largo tropel acústico:

Huaso, Gaucho, Llanero,

en el polvo de América percute aún tu paso

y el estertor y el ruido vejador del jadeo

cuando te halló la muerte y te comió el ramaje.

A veces, caviloso, padre del horizonte,

subías con los héroes de tropa innumerable,

pero la gloria estaba lejos de tu alarido

y el laurel fue a tus ojos un súbito relámpago.

Cuando te disolvían las aguas de la historia

te miraban volver las aldeas calladas

aún más desposeído, más osamenta rota,

con las manos vacías: sin tierra y sin caballo,

déle *pitar* olvido y amontonar cenizas,

durando, envejeciendo, estaqueado en la nada.

Lejos de tu silencio, allá en el laberinto

de las grandes ciudades,

la patria era paloma y la descuartizaban

los hábiles notarios, los señores de pro,

la charretera tórrida, el voraz oligarca.

Y tus hijos sin tierra, abuelo polvareda,

seguían con tu grito de galope en galope,

gauderios, gauchos, guachos, carne de caudillaje,

con tu sueño *cojudo* desvelado de patria.

Los Partidos se organizaron a partir de cada porción de intereses de las partes que componían el todo nacional y las Repúblicas nacieron del reparto de fuerzas existentes entre héroes y sátrapas, mártires y canallas, poetas y asesinos. Fuimos de tumbo en tumbo, habitando la historia, clasificando pájaros, produciendo ganado, trigo, estaño, petróleo, descifrando el folclor, ordenando catastros, proveyendo de nombre militar a las calles, dividiendo la tierra, celebrando efemérides, aplaudiendo en el teatro y escribiendo del modo de moda en la metrópoli y copiando los parques, las ropas, las estatuas y el gesto y la elocuencia y el menú y la manera de limpiarnos la boca; institucionalizados por hermosos discursos y placel para el vals de los embajadores y tropas que salían a organizar el caos y palomas que huían del general impávido, en tanto los banqueros devenían ministros y las grandes familias casaban a sus hijas a la luz clamorosa de ahumadas catedrales y el analfabetismo sumaba sin saberlo y la desnutrición andaba desdentada o mongólica o ciega o raquítica o boba o diarreica o ventruda, tuberculosa, cháguica, con un promedio adulto de treinta años-vida en las minas grisú o en los cañaverales y cien niños de mil que no llegan al año con médicos atónitos que envejecen de espanto ante estadios de fútbol para cien mil personas y ante algunas personas que triunfan, no obstante, y leyes represivas y presos masacrados, y líderes alegres y ovejas sindicales y artistas famosísimos y ley de profilaxis, pues que estando afiliados a todos los partidos, votamos y nos botan de un solo cañonazo, porque el monstruo de América, el Yeti notarial y «South-americano», tiene la izquierda en solfa y la derecha grande y pasa y pisa en Chile, muerde y mata en Colombia, defeca en Guatemala, tortura en Uruaguay, vomita en Nicaragua, en Brasil duerme a saltos, aprieta y suelta en México, trafica en Paraguay, asesina en Bolivia, tritura en Ecuador, se asocia en Puerto Rico, en Panamá hace agua, en Perú retrocede, a El Salvador lo tiene con la daga en la panza, en Venezuela brinda con petróleo barato, en Argentina espera, en Cuba llora a cántaros, porque desde ese origen galope y polvareda, desde el último grito del abuelo centauro, la clase obrera junta los sonidos del pueblo, organiza un coral de fusil y guitarra y viene y crece y sube sobre las madrugadas y avanza campesina, se la siente avanzando con esa prepotente ternura de la rama.

EL HOMBRE DE AJÍ

¿Cómo resiste el Zoilo Guaquinchay
sobre el silencio inmóvil de la piedra,
dándole al socavón, dándose y dando
un golpe a la tiniebla y otro afuera?
Un *combo* aquí, porque no tengo madre
y otro por si, cavando, la tuviera;
dándole, dando con paciencia oscura
a la ternura hembra de la tierra.
Porque no puede ser, porque no puedo,
porque puede que sí, puede que pueda
estar agonizando mientras vive,
mientras resiste con la lengua afuera.
El hombre del ají mira de lejos
por los ojos hurones de la siesta
y entonces se le ve, profundamente,
que le queda infinita la tristeza;
que ya no es suya, que la trajo al hombro
una heredad de Mita y Encomienda

y polvosa de siglos, se hizo polvo

entre sus sometidas polvaredas.

Él mata el hambre con sabor picante

y demora a la muerte en su *acullico*,

se redime en la aloja, cuando puede,

y en la *macha* feroz llora su grito.

A vacilantes pasos de baguala

viene, el día de pago, tropezando:

a manotones con su propio incendio,

náufrago para siempre en su naufragio.

Bebe su situación, come y no come,

esconde el hambre antigua en su sancocho,

moja la soledad en los boliches

y ella lo espera atrás del trago pobre:

Acodada en su sombra, cavilosa,

teje su telaraña en los rincones,

hasta que el Zoilo Guaquinchay se entrega

y entonces, se lo lleva a empujones.

En la raída euforia de la noche

le amontonan la sombra las estrellas,

eructa, como un dios, hacia el olvido

y queda tambaleando en la insolencia.

¿Así que agonizando, Guaquinchay?

¿Conque echándole ají a todas las penas?

¿Noviando con la muerte? ¿Has olvidado

que la muerte se acuesta con cualquiera?

De un modo muy nocturno, el Zoilo sabe

que hay que matar al hambre, despenarlo,

que un cuchillo de ají y otro de furia

pueden, remotamente, arrinconarlo

y entonces, con un pan de trigo joven

y un día cereal y un vino largo,

darle de frente donde más nos duele

y no engañarlo más con el picante.

De una manera oscura, el Zoilo piensa

que se puede poder, que acaso pueda

liberar el ají de sus verdugos

y devolverlo júbilo a la mesa.

Por eso es que resiste allí debajo

del ataúd minero de la piedra,

porque puede que sí que esté pudiendo,

porque puede poder, puede que pueda

rescatar del ají su fiesta pura

y abrirle un socavón a las tinieblas.

LA MUJER DE LA ALBAHACA

Así se hace el paisaje:

póngale cielo arriba, cielo por dos mitades,

un rebaño de nubes, un árbol solitario;

ponga una raya al medio, pero lejos, muy lejos

y déjeme quedarme soledad por mirarla,

por ver atardecer, porque sí, para nada;

por ver volver las tórtolas simples, crepusculares;

déjeme en esta orilla donde miro hacia adentro

y donde me padece, como un niño, la sangre.

Déjeme ser la greda. Yo me conozco el aire;

entre ser y no ser, me da por ser callada.

Un bulto de silencio donde el viento se queda

demorado, de piedra, detenido un instante.

Él siempre deja un poco de polvo compañero,

un arenal de adioses, un bailarín cansado

a quien, hace mil años, llamamos remolino

y hace girar, girando, sobre un pie a la distancia.

Así se hace el paisaje: de mirar el origen.

Cielo arriba los ojos. Y debajo, la sangre.

Tengo, si es por tener, los sagrados oficios:

tengo de hacer el pan, de amasarlo temprano,

de taparlo a la hora que el sol trepa a los pájaros

y dejarlos que crezcan como un fruto en octubre

lentamente, a la sombra patriarcal de los árboles.

Tengo, si es por tener, la leña del quebracho

que me caldea el horno desde lo rojo al blanco.

Tengo, que cuando vienen los míos de la lluvia,

tengo pan y me suenan a trigo las enaguas.

Tengo que si lo pongo como un sol en la mesa

mis hijos parpadean, ríen encandilados

hasta que traigo humeando una ollada de locro

y mi hombre parte el pan sobre su pecho grande

y ahí, entre sus voces laboriosas y lerdas,

miro caer la luna en lentas rebanadas.

Entonces sí me acuerdo. Al paso del recuerdo

me acuerdo de a pedazos, me acuerdo y no me acuerdo.

Voy llenando los platos ausente del sonido,

corno mirando atrás, como atrás del pañuelo

y mientras vuelco el frito de pimentón al rojo

siento que, de repente, se derrumba el olvido:

una se pasa el año soñando con la albahaca.

Pasa que nunca pasa el año mujeriego.

Una anda de soltera sin levantar los ojos

y aprende entre las viejas el tacto de los ciegos.

Una guarda en la oreja algunas picardías,

picaduras de abejas y cuentos de velorio,

siembra albahaca a la orilla de la acequia sonora

hasta que el carnaval suelta todos los toros

y más luego, el *Pukllay* fusila la tristeza

y una no sabe nunca quién le ardió la pollera,

la cosa es que una tiene de azufre los sentidos

y ahí nomás, de espaldotas, cae a la primavera.

Es diablo el carnaval, sabe todas las mañas,

pellizca en los *fortines* inocente de harina,

le chaya al pobrerío tanta alegría simple

que el miércoles nomás todo queda ceniza.

Después vienen los lloros, vuelve lo cotidiano

y, si hay suerte, una tiene quien le ronde las casas.

Más rápido que pronto hay que parar el rancho

mientras vuelve el otoño cansando las vidalas.

Todo para juntar los míos en la mesa

y contar lo que tengo con los dedos del alma.

Largas fueron las lunas y los hijos crecieron

y la muerte no pudo darnos vuelta la *taba*.

Esta es la hora linda. Todo vuelve a su sitio.

Transparente, el recuerdo, se quiebra en las cucharas.

Todo se me figura como rezar a solas

y es como si comiéramos dentro de una campana.

Suenan lejos las cosas: desde allá del sonido.

Demoradas, eternas, son la cueva del sueño.

Atrás, la noche espera parada en los nogales

y un aroma de albahaca pasa arriba, en el viento.

LA GENTE DEL LAUREL

Me voy, lo más campante, a visitar amigos
los domingos ardientes, las fiestas de guardar,
los ruidosos cumpleaños de la prima o el primo;
las bellas ceremonias de tu madre y mi paz.
Sólo para acordarme contigo de lo breve:
del papá, que partía sandías inmortales
y jugaba al color tonto de las semillas
en las siestas rurales con higueras y duendes.
Me voy, lo más campante, pisando en las chicharras,
para serte lo príncipe de tu sueño de fuego.
Niña recién llegada, mocosa de un silencio
como de dos campanas holgazanas de greda
sonando por debajo de los frailes del tiempo
y llamando y nombrando los ruidos cariñosos
de las nueces, partidas como panes pequeños.
Me voy, estoy campante, soy la lengua del fuego,
pero cuando fundemos la casa frente al sol,
cuando entremos desnudos a tu cuerpo y mi cuerpo,

tendremos que saber cómo se cuecen habas,

cómo se pica el ajo, cómo se asa un pescado

para que nos amemos con los viejos rituales

que la sartén antigua escandaliza y fríe

otra vez, otro día, otro amor, otro fuego

y nos tenga paciencia porque somos muy jóvenes

y no nos damos cuenta que la vida se quema.

Entonces volveremos a tu casa y mi casa.

Entraremos callados a la sabiduría.

Yo hablaré con el viejo de huelgas y salarios

y tú entrarás al templo breve de la cocina.

Y allí, sencillamente, como pollos mojados,

iremos aprendiendo a saborear la vida.

Ese día sabré que el vino toca fondo

y en tus ojos maternos reirá la cebolla:

volverás de allí dentro trayéndome una lágrima

vegetal y profunda de mujer jubilosa.

Todos nos reiremos del laurel hacia arriba,

desde la flor del *tuco* al estofado orondo,

porque somos tan torpes que recién entendemos

que el amor se cocina en el sueño y las ollas.

Luego, serás mi madre, como dicen que pasa
y yo seré tu padre como a los dos nos gusta.
Uno adentro del otro, el otro adentro de uno
y una casa con patio donde crezcan las hojas.
¡Y un día estallarás! ¡Los dos estallaremos!
¡Desde el centro de ti, desde tu nuevo huerto
parirás un vagido como una estrella loca
y pisaré la entraña total del universo!
Saldré como cantando la samba del laurel,
iré por los caminos potente y estupendo,
a un milenio del llanto lloraré por nosotros
más verde que lo verde, obseso como el fuego.
En alguna cantina me beberán los hombres,
compartirán mi vino estúpido y solemne,
levantarán su copa por el recién llegado
y otra vez la ternura me besará la frente.
Acaso, al mismo tiempo, un piso más abajo,
los maricas desprecien el olor del laurel,
hagan un acto público contra las cacerolas
y claven contra el piso un niño de papel.
Es posible, mi vida. La vida anda muy sola.

Hay túneles de drogas. Suicidas de la sed.
Policías, decretos, cabrones, prostitutas,
generales, obispos, misa, mufa, soplones,
catedrales del odio, odio en la catedral:
hay cómplices alegres, usureros patriotas,
comerciantes del pan;
hay, como puede verse, mohosos redactores,
diarios, primeras planas,
locutor oficial.
Hay, amor, gente ingente contra los insurgentes
que aman la vida, se aman y fundan un hogar.
Ellos odian sin tregua la ollita de los pobres.
Salen con guardaespaldas a matar el laurel.
Entran a los talleres con ametralladoras
y matan estudiantes para ganarse el mes.
Pero como se dice que casarse no es nada
la ollita condenada hace el guiso al revés:
se pone subversiva en las ferias del pueblo
y pelea los precios con la gente inocente,
esa que nada sabe pero quiere saber:
¿por qué se pone rojo el precio del tomate?

¿quién nos veda la carne si es que ese quién es quién?

¿quién hurta los fragantes ángeles de la fruta

y acapara el azúcar lejos del almacén?

La inocencia pelea con grandes ademanes,

la ollita condenada no tiene qué cocer

pero así, agüita sola, hierve brujas y brujos

y espuma lentamente al diablo en el laurel.

Luego, con peor es nada, con huesitos al fiado,

bebe un pueblo de sopa y se pone a crecer.

Por eso, amor, ya vuelvo. Me voy por las cocinas.

Tengo que organizar la gente del laurel

para que no le falte aroma a las comidas

si acaso, esta semana, tuvieran qué comer.

Y si no, de que sirve que hayas parido un niño,

esa flor medialengua del siglo que vendrá,

si en las casas de lata de las *Villas Miseria*

no hay laurel que resista el aroma del pan.

Amor, la vida sigue. Anda lo más campante.

Va de abajo hacia arriba. Crece a más no poder.

La cárcel no lastima. Yo soy un militante.

Lucho porque los niños conozcan el laurel.

MENÚ DEL DÍA

1

El lunes se despierta labrador, metalúrgico,
ferroviario, bracero, pintor, oficinista;
avanza tumultuoso con todos los oficios
y simple, como un silbo, va a buscarse la vida.
Dicen que el lunes es padre. Pero también es madre.
Yo canto que también es muchacho y muchacha.
Madruga en las azules brújulas del planeta
y anda de campanero por los gallos del alba.
El lunes se conduele del que no tiene lunes,
del lunes sin semana de los desocupados,
pasa frente a sus casas como una estrella errante
donde hace cola el odio con los puños cerrados.
Yo suelo ver al lunes a eso del mediodía
en la fonda, en los bares, en las grises cantinas,
celebrando un puchero de rabo sustancioso
donde un coro de choclos sinfoniza la risa.

Pienso que si los lunes se pusieran de acuerdo,

como ya sucedió y sigue sucediendo,

todo amanecería violentamente hermoso

y en todas las cantinas cantaría el puchero.

2

Si uno ríe los martes, debe llorar los viernes

y mirarse las manos a la luz de una vela,

porque el marte, desnudo, como un niño, padece

de las admoniciones de la luna perversa.

Los martes tienen ruidos en todos los rincones

y suelen nominarse con un trece tridente,

por lo que el martes es ese muchacho de catástrofe

que rompe las ventanas de los adolescentes.

Haga el martes arroz, fideos con manteca,

una sopa liviana, churrasco vuelta y vuelta:

hay que evitar el íncubo que oficia a media noche

y las convocatorias rojas de la pimienta.

Los martes se discute. Hay plenario en la casa.

El viejo se levanta. Deja el puño en la mesa.

Sus hijos dicen: armas, dicen Che, dicen basta

y sobre nuestra bronca pasa ardiendo la huelga.

—Madre, no llore. Madre, no estamos contra el viejo.

—Estamos contra el mate del paro dominguero.

—Él cree que la huelga es cosa de parar

y nosotros creemos que es pueblo en movimiento.

3

Los miércoles son días construidos con ceniza,

olvidables anónimos que escribe el calendario;

no se sabe muy bien qué hizo Dios ese día,

nadie inaugura mástiles sobre sus crueles páramos.

Los miércoles no tienen malvón ni mala suerte

ni novias presurosas ni amantes ni profetas,

son como una planchada que pone la semana

para llegar al jueves, donde todo comienza.

El miércoles es nadie como un tío soltero,

sea que vaya o venga, la soledad le duele.

Solo si llueve tiene su rito en el Oeste

porque en días de lluvia la gente hace pasteles:

carne picada, orégano, cebolla de verdeo

y la fritura afónica que hace la grasa pella

en la alquimia ya bruja de la ollita de fierro
donde canta aleluyas el chicharrón alegre.
Así pues, con la lluvia, los miércoles se salvan
del fantasma de olvido que transita los miércoles,
porque la lluvia es júbilo en las provincias secas
y despierta campanas en la tierra famélica.

4

Dicen que el jueves anda de novio en las esquinas,
en los patios de sol, en los viejos zaguanes;
dicen que apaga el sol en las confiterías
donde inmolan guitarras prolijos ganapanes
que gritan, vociferan, cecean y maltratan
ese laúd de grillos de tu voz que me nombra
con el simple sonido de tu nombre en mis labios.
Bailamos aturdidos. Hablamos con los ojos
aunque tengamos siglos de amor en el lenguaje.
A mí me gusta todo lo que de ti deviene
inevitablemente como el sol en verano.
Uno juega a que juega. Baila con ese modo
de la televisión: libre y publicitario.

Pero el amor es serio y no juega los jueves

porque busca raíces en lo cierto del árbol.

Cuando vuelvo de vos, vuelvo lleno de pájaros

y tengo una alegría que es casi una tristeza.

Te apuesto lo que quieras que tu madre y la mía

nos dejaron el sol sobre una milanesa.

Buenas noches, amor. Te apuesto lo que quieras.

5

En las grandes ciudades, los viernes son eufóricos:

cabalísticos, largos, buenos conversadores,

en las últimas horas olvidan la oficina,

deambulan fumando por todos los rincones.

El viernes, casi siempre, despide a un soltero

en las aterradoras cantinas italianas,

tira canas al aire, sale a empinar el codo,

grita una *falta envido* contra la madrugada.

Cena siempre de apuro si no tiene visitas.

Si las tiene, cocina pollo al horno con papas.

Saca de sobremesa los mínimos rencores

y por último opina que aquí nadie trabaja.

El viernes a la noche es el hueso del viernes,

el tuétano del día, un mapa sin horarios

para soñar un sitio de color verdesueño

con un sol comprensivo, una casa y un árbol.

Al viernes ciudadano se le hace el campo orégano

y le concede todas las virtudes al campo,

pero él olvida pronto: dormita en algún cine

o se va a ver vivir la vida en algún teatro.

6

Hay sábados de ricos y sábados de pobres,

los hay de raudos jóvenes y sábados de viejos;

hay sábados judíos y sábados ingleses,

conyugales, bailables, folclóricos, tangueros.

El sábado discurre panza arriba, indolente,

sin prisa como un muerto o como una efemérides,

solo que alguien se case abandona el olvido.

¡El sábado es un día tan lleno de parientes!

En provincia, es el día de juntar los amigos

y atracarles la boca de empanadas calientes.

De afinar la guitarra. De porfiar las muchachas

y acordarse, penando, de todos los ausentes.

Jornada de armisticio, isla de la semana,

diverso, heterogéneo, democrático, ecléctico:

los patrones pasean en mangas de camisa

y trajeados de azul pasean los obreros.

El sábado es la tregua. Un amado espejismo.

De vernos, se diría que todo anda muy bien:

a cada cual lo suyo, de cada cual lo suyo.

Perfecto como un huevo. Pero frágil también.

7

Toco fondo el domingo. Sucede la mañana.

La vida es como un patio donde juegan los niños.

De lejos, como un aire, entran a mí sus voces,

amanecen calandrias adentro de mis tímpanos.

Amo estas cosas. Solo soy feliz cuando amo.

Trato de amar las cosas casi incesantemente.

A veces se fatiga mi corazón y lloro

sin lágrimas, ni gestos ni dolor indulgente.

Soy el hombre, los hombres, soy los hombres y el hombre,

me siento ser en todo y con todos voy siendo

un poco victimario, pero a veces la víctima

de las depredaciones de los hombres y el tiempo.

Pero como soy todo de mí depende todo.

Allí donde yo esté, se canta o se padece.

Dependo de las cosas, pero de mí depende

lo que nace y perdura, lo que agoniza y muere.

Sé que a todos nos pasa. Toco fondo el domingo.

Mi madre me prepara tallarines al pesto.

El vino anda aleluya. Me reúne lo hermoso

porque sólo el domingo tengo un poco de tiempo.

MILONGA DE LOS ASADOS

Cuando el día clava el *cacho*
igual que un toro cansado
y se va yendo la tarde
detrás del último pájaro,
veo venir los amigos
por el crepúsculo manso
y un fino polvo de júbilo
se levanta de sus pasos.
En la leña, quema avispas
el corazón del quebracho.
Ahí viene Jorge Perino,
overol condecorado,
las manos de amansar fierros
en su oficio de mecánico.
Antonio López, neuquino,
mapuche en los medanales,
llega de ordenar los vientos
por El Chocón proletario.

El flaco Canelles viene,

cordobés del cordobazo:

trae en su paso sereno

el rumor de los plenarios.

María Elena Moyano,

mendocina hasta la enagua,

que, como la yerba mora

desciende del agua clara

y mi compadre Andrés Tello,

por encima de los pájaros,

se sueña hornero y despierta

sobre el ala del andamio;

que en este país que somos

ya tiniebla, ya relámpago,

la amistad celebra misa

en el ritual del asado.

La noche, madre del humo,

riega sombras por el patio

donde, lento como el tiempo

suena a chicharra el asado.

El vino, padre del sueño,

despierta de su letargo

y entra como un río nuevo

al secadal de la sangre.

En cada vaso de vino

hay siempre un trago de marzo.

Uno viene de la vida

con la ternura a destajo,

esquivando a la tristeza

que lo quiere solitario.

Uno anda comiendo sombras

por los rincones del alma,

tropezando con la muerte

y cuerpeando a la nostalgia,

hasta que funda un amigo

sobre un nido de palabras

y entonces parte y comparte

la soledad por mitades.

Uno no es hombre de golpe:

va siendo, como la rama

y se va haciendo entre amigos,

semejante y semejanza.

Cuando mi argentina gente
se reúne en los asados,
enseña un modo de ser
generoso y solidario,
porque el que asa para él solo
suele morir de arrebato
y aunque le saquen la brasa
lo mismo queda pasmado.
Son las vueltas de la vida
y a vueltas se hace el asado.
Cuando la luna curiosa
se sube a los altos álamos,
me gusta cantar a dúo
y compartirme en el canto.
Entonces me crece el sueño
de un día no muy lejano
en el que mi pueblo macho
amanezca liberado.
¡Va a ser de ver por el cielo
el humo de los asados!

RECETARIO DEL VIENTO

1

Hay un país entero por el que suelo andar

cantando a voz en cuello.

Me lo pongo en el Norte, me lo saco en el Sur

todo húmedo de estrellas.

A veces me lo bebo de un trago en el Oeste,

en los vinos umbrosos

donde el sol solo duerme

y al contacto jocundo de mis crepitaciones

entra a mi corazón y lo llena de peces

y así,

tras las fogatas donde quemo los lloros,

desciendo hacia los ríos memoriosos

del Este,

al litoral de aromas donde mora el verano

¡y hace estallar cantando

el país de lo verde!

Arriando Chacos de salar y olvido,
el río padre baja rumoroso:
funda la sombra Paraná del árbol
desde su interminable desarrollo.
En las orillas pace su silencio
de azul jacarandá, la luz del clima
y un grito *sapukay* mueve y conmueve
la resurrecta flor y la semilla.
Padrillo vegetal, él origina
el vasto crecimiento del aroma
y su luna de sábalos convoca
a los hombres del río por la costa.
Ahí se gusta el Dorado, pan del río,
rociado con aliño, a la parrilla;
el Pacú, el Surubí con el Moncholo
cantan en el sabor salmos de vida.
El río Paraná cruza el paisaje
separando la luz de las tinieblas:
el va del horizonte al horizonte

como un pez infinito por la tierra.

3

El sol padrillo no perdona a nadie.
En Salta es regalón como un carozo.
Va de color tabaco por la tarde,
nogal nomás, baguala del otoño.
Allá en Mendoza es verde como un dios
y anda de pata en quincha por los pámpanos.
Canta en San Juan donde la primavera
vuelca, de un solo vino, todo el cántaro.
Es con el sol que junto la alegría
bajo la sombra estriada de la parra.
Desde la mesa humea una Cazuela.
Suenan a campanario las cucharas.
En esos mediodías geográficos
mi corazón preside las tonadas.

4

Estoy volviendo al hondo olor de las cocinas
donde ahúma el tocino la seca cuelga de ajos,

hacia lo verde niño del perejil esbelto

y a la olla habladora donde hierve el milagro.

Voy desde el paladar al centro de mí mismo

por hallarme gustando *frangollo con chalona*

cuando la lluvia vuelve, como yo, del camino

y los valles serenos endulzan la memoria.

Cuchi Leguizamón, desmesurado,

acústico señor de las campanas,

sale de sus baguales malheridas

con vinos de Angastaco y Cafayate

y se pone a inventar un recetario

para casar la diabla con el diablo,

mientras Emma armoniza en la cocina

el Coral de los Ángeles Fragantes.

Entonces uno encuentra que se encuentra

a mitad de camino de la tarde

envuelto con la piel de la ternura

y se mira la madre en cada trago.

5

El asado es milonga: sabia, lenta,

como para pensar y hablar despacio
de nuestra situación, que se calienta
de la misma manera: por debajo.
Cosa de meditar. De darle vueltas
para que no se enfríe ni se queme.
El *Asador* no escucha otro sonido
que la crepitación de lo caliente.
Los pueblos no conocen el olvido:
son la ciencia de ser del alma al diente.
El Sur, asa a la llama. En el Oeste
rodeamos la parrilla con las brasas.
La carne es mala pero el vino es bueno
y cada trago duele en las tonadas.
Por el Norte, el asado a la cancana
viborea clavado en palo santo,
mientras la soledad nos vidalea
el grito colorado del quebracho.
El asado es hablado, como el truco
¡y además tiene flor en cada trago!
Pero si está de cueca la alegría
y sube en los pañuelos la mañana,

el día abre la boca de los hornos,

y sale ardiendo de las empanadas.

Uno la picotea como pájaro

esquivándole al jugo traicionero

que lo obliga a forzadas reverencias

izando la bandera del trasero.

Uno se inmola con pellejo y todo

a la puerta del horno y de parado

y son de abrir las piernas y entregarse

al sabor nacional y a los estragos.

En Mendoza, son breves como un beso,

en Tucumán son anchas como un barco,

en Salta son tan justas como un pobre

y en Córdoba son dulces como el alba.

¡Nunca estamos de acuerdo y en La Rioja

vetamos a Jujuy y a Catamarca

por un quítame allá ese sanjuanino

que abre las puertas de la madrugada!

6

Cuando en Santiago el locro toca el *bombo*

la tierra dice soy y estoy creciendo,

viene mamá de adentro de nosotros

y se pone a nacernos y a querernos.

¡Pucha, que es luna! ¡Semejante madre!

Uno se quiere niño. Está queriendo

recobrar el sabor que tuvo el aire

majado en la indolencia del mortero.

Comer era una hazaña. Reunían

la decencia procaz del *Achurero*,

cortaban en anillos el *ocote*

y lo hervían un siglo en el caldero.

Le ponían sabores que eran duendes:

puñaditos de sal, ají molido,

una sartén al rojo donde ardía,

rojo de pimentón, el infinito.

El locro es el cimiento de nosotros,

la raíz y la rama de mi canto

¡tiene un júbilo pronto como un potro

entre la chacarera y el malambo!

Alarido sepulto atrás del fuego,

cuchillito del ay, duende perverso,

alza el ají su dedo amenazante

en el *chuychuy* crispado del invierno.

Y el cuero transparente del verano

aturde de estampidos la memoria

porque la piel, huyendo a sus avispas,

nos cabalga la sangre y la desboca.

Su júbilo nos cunde detonando

como un río de cauce iluminado

y adentro de nosotros crece el día

como un primer tañido campanario.

Cuando muerdo el ají, muerdo en la vida.

Patalea en mi sombra la tristeza.

En la agonía larga de los perros

suelta su percusión la chacarera.

Clama en la voz despierta los sonidos,

pone claves de sol en la madera

y luego, lujurioso hasta el jadeo,

canta en la soledad toda una legua.

Arde el ají en el mar de la saliva,

sabor polvaredal, lengua de arena,

con ramas de laurel incendia al mundo

y quema al mismo diablo en sus hogueras.

Ají del alto sol, macho quitucho,

verde putaparió, tábano arriba,

¡entrá a mi corazón como a comerme

y pegame un balazo de alegría!

LUGAR DE ORIGEN

Si puedo en estos días,

si lo azul permanece delante de nosotros

y yo ordeno los últimos papeles de la vida,

partiré como siempre

arreando el estampido de la luz primeriza

y volveré a los largos lugares del silencio

donde pace el país su desconsuelo

y nadie se detiene

porque la paz muy grande carece de sentido

y tanta soledad

se enfurece y castiga al andariego breve,

al que ni va ni viene,

puesto que desconoce los rostros y las voces

y como es natural, la distancia le duele

desoladoramente,

en los huesos le duele,

porque él no sabe, pobre, que es un rico muy pobre

y ha quedado a merced de la intemperie.

Nosotros lo miramos pasar entre los valles

devorando paciencia,

urgido de sí mismo sobre su rauda máquina,

blasfemando a los ríos que le cortan el hipo

para que mire afuera

y se sienta la sangre como un niño que vuelve

al útero espectante de la naturaleza.

Es inútil. Él pasa

y el tiempo se lo come,

velozmente hacia adentro se comen mutuamente

y como es natural, entre fantasmas,

lo que queda durando es pura polvareda.

A mi comadre, entonces, se le ríen los ojos

desde antes que su boca desparrame la risa

y mientras pela choclos o recorta el zapallo

se le ve cómo piensa su eternidad maciza:

—canta esa del olvido, me dice interrogándome

y desde mi guitarra escarbo en la ceniza.

Si, como tantas veces,

despejo la humareda de estos asuntos míos

y salgo indemne

y puedo volver a los caminos,

subiré hasta los climas de los cielos inmóviles

donde América existe con nombre y apellido

para llegar a tiempo y mejor que invitado

el *guschalocro* rubio, al toro contenido

en las crepitaciones moradas de las vides

donde impera el crepúsculo palpitante del vino

y estará Ramón Ábalos con un puño en tumulto

lamentando el asado en que no estuve

y doña Amelia entonces dirá que no envejezco

y estoy como salido de la lluvia en octubre;

en tanto yo pregunto por María Cristina

con un pie en la nostalgia y el recuerdo en otoño.

Que es cuando llega Ángel Bustelo y pone

un Lambrusco del año que salvó de los últimos

cogollos de septiembre

y cantan celebrando la brasa y el rescoldo

el Chinchul Orellano, Casciani, Barrionuevo

o el Armando Talquenca que nació sin medida

dentro de una tonada borracha de horizonte

y luego, tras la cueca de la Chiquita Almada,

como todo está ardiendo tomamos un *caldillo*

para que fuego y fuego acorralen al diablo

y uno mire esos ojos y olvide lo que ha visto.

Porque ya Samuel Werner ha empezado otro asado

—No vaya a ser que lleguen los de la Media Luna…

—Esos le dan al diente como jóvenes náufragos.

Y la luna está loca sobre los *Carolinos*.

Si estos meses me dejan, si logro desatarme

de las artes y oficios por los que sobrevivo,

volveré al alto Cuyo donde mi corazón

tiene ya cinco siglos con nombre y apellido.

MARIAN BUENOSAIRES

Esto es cuando la tarde arría sus banderas

y los últimos náufragos

arriban a las islas con la sombra extenuada

y extienden entre cuatro pocillos de café sus viejos mapas,

delirantes aún en el bullicio sin dejarse vencer por la marea

puesto que sobreviven y seguirán soñando

y uno ya no les dice que el último navío partió hace dos gemidos

y que aquí estamos solos y eso es todo

y sin embargo, ves, ellos insisten,

desempañan la brújula buscándole otra vez el norte ausente

y vos, Marian, oyéndoles con tu piedad de niña y tu ternura joven,

amparás a esos viejos piratas destituidos

de todos los cafés de Buenos Aires

que se toman de ti con las dos muertes

y lloran largamente con un ojo y sin ninguna lágrima,

hasta que por tu canto ven un velamen lejos

y vuelven a pensar en los pañuelos.

Y así los lunes lúcidos y así los martes crueles,

los miércoles anónimos, los jueves cenicientos

o esos viernes navaja donde se afila el viento

y te arroja cantando a un sábado opulento

donde vos decís todo de una manera lenta

para que los domingos no amanezcan desiertos

y vengan esas ganas de soledad subiéndote

por todas las raíces donde llora la gente;

porque alguien va a gritar enseguida en la esquina,

alguien pedirá auxilio entre cuatro paredes,

mientras lo gris avanza como una sudestada

y el poema es un árbol que en tus entrañas crece.

Será a la madrugada

y como tantas cosas que uno piensa tanto

que te hallaré escuchando un vino de cantinas adonde más te duele

porque ese adolescente tiene ojos de suicidio

o esa muchacha sueña, sobre un pie, ya hace meses

y como les cantaste por tu modo profundo

se quedan a tu lado y en tu voz permanecen

por lo que es muy urgente que les tirés gaviotas

y salgan esta noche hacia el amanecer.

Será en Bachín o en Pipo, rojos de vermichellis,

ante una jugosa *colita de cuadril*

bebiendo el vino duro de los hombres de niebla,

que hablaremos de nuevo del sentido del canto

para meterlo adentro de América a los gritos

y nuestro cancionero se llene de habitantes.

Ves, yo nunca te busco, muchacha al pie del viento

Te encuentro entre mis cosas. Como a una palabra.

OFICIO DEL AUSENTE

Yo ya no tengo sitio.
Lentamente el paisaje
se ha ido diluyendo
como la niebla, como
el color en otoño
y por esos olvidos
no sé si voy o vuelvo,
si estuve aquí ya antes
con ríos melancólicos
o entrando a los valles
o saliendo del sueño.
Todo es mío y lejano.
Cuando llego estoy lejos.
Soy de ninguna parte
porque a mí la distancia
me nutre como una
población de silencios.
Yo sé que no me queda

residencia posible,

que soy el que ha partido

en dirección del viento

y si acaso volviera

a mi sitio de ausencia,

dañaría la última

porción de la ternura:

esa muerte sin lágrimas

de los dulces recuerdos.

Yo ya no tengo sitio

con madres y nogales.

Mi niñez es un río

que ayer pasó y no ha vuelto.

A veces me detengo

en los atardeceres

y el olvido me mira

por los ojos de un perro.

Entonces sé que nadie

me aguarda tras las puertas

y que, en alguna mesa,

retiran mis cubiertos.

La buena gente cierra

con tres llaves la noche

y la ceniza baja

los párpados al fuego.

Solo yo sigo andando

el mapa de mi exilio,

galopando un sonido

que perturba los sueños.

—Quién anda ahí, preguntan

los dueños de la vida,

pero cuando se asoman

solo ven el invierno.

Luego, vuelven el rostro

hacia el amor y dicen:

—Es el viento, mujer,

ese maldito viento…

CARTA DE VINOS

1

Con la sombra del año, con el tiempo
que envejece al otoño en la madera,
madura al rojo el corazón del vino
fraguado en calendarios de paciencia.
La ciencia milenaria de su alquimia
no admite sino el cálculo del clima
cuando el mosto recobra el movimiento
y en su fermentación hierve la vida.
Enmelada de abejas va la tarde,
fundándole regiones de dulzura,
como una jubilosa flor del aire
dormida en el vivero de la espuma.
El vino va del verde a lo morado,
tornasol de la rosa, transparencia
donde la luz es sólida un instante
y el aroma un lugar de residencia.

El hombre sabe a vino. El vino a hombre.

Es un secreto a voces el misterio.

Desde lo más remoto vienen juntos

rompiendo las ventanas del silencio.

La memoria del vino, es la memoria

del labrador de pámpanos y estrellas

que un día, ya de pie, mató al olvido

y se vino a zancadas por la tierra.

El antiguo pastor de las edades

guardó los cereales, la herramienta,

llevó la vid con él sobre los siglos

para ver regresar la primavera.

2

Reúne nombres de región y abuelos,

inalterables formas y apellidos,

el Pinot gris de los atardeceres,

el Borgoña nocturno, el Medòc sísmico,

ese trago de Riessling luminoso

que llena la alegría de estampidos

o el Cabernet de umbrías soledades

que aturde el corazón como un gemido.

En la mesa solar del mediodía

el Lambrusco del año parpadea

y queda demorado, propiciando

el entresueño de la sobremesa.

A veces llega con el gusto verde

al ruidoso fragor de las tabernas,

a las celebraciones tumultuosas

y enciende las hogueras de la fiesta.

El vino tiene un orden. Él conduce

los infinitos duendes de la vida:

con carnes, tinto; con mariscos, blanco.

Es el otro sabor de las comidas.

Y cuando llueve el corazón y el año

y arde la leña trémula del día,

el vino, compañero y solidario

moja el sollozo y la melancolía.

3

Pero, a veces, el vino, prisionero de sombras,

sale con la navaja del lucro, simulado,

destituido del sol de su nobleza

a maniatar los pobres inermes de los barrios.

Corrompe la alegría en las ruinas boliches

donde violan su estirpe las tinturas y el agua

para estragar el hombre del jornal y enturbiarle

la raída inocencia que padece su canto.

Sale del vino un puño. Sale un grito. Le sale

la mala luz del odio, la artera puñalada.

Amanece en las celdas donde orina el desprecio

y llora roncamente su lágrima de espanto.

El vino mata al vino en la casa del pobre:

entra el domingo y salen las mujeres llorando.

Los niños desnutridos bostezan el asombro

y desde las tinieblas, solloza el desamparo.

Yo he visto en el monte, violento como un hacha,

beberse la quincena y amanecer vinagre.

Me ha dolido en las carpas de los cosechadores

y en los rudos obrajes forestales del hambre.

De noche, en las tabernas de los puertos del mundo,

canta las afonías de los coros canallas.

Prostituido en la risa de la mujer caída

el hondo pudridero del sexo desterrado.
Ahí anda en cueros, lúbrico y a mitad de camino
del animal y el hombre, aullando, en cuatro patas,
etílico y sombrío, triste macho cabrío
cavando hacia lo oscuro la condición humana.
Hay que cuidar al vino del usurero abstemio
que castra en las bodegas su magia milenaria
que, como un dios remoto, libera la alegría
en lo que el hombre tiene de campanario y pájaro.
Hay que salvar al vino de los brujos metálicos
que humillan y adulteran su índole de sangre,
para que vuelva puro a la mesa del hombre
y le llene la casa de júbilo fragante.

CANTO MUCHEDUMBRE

Porque siendo millones, hijos de padre y madre,

levadura del siglo, miles de hijos del hijo,

en el nombre del hombre,

en el nombre del ancho profeta sumergido y roto en la insurgencia,

en el galope herido, en la canoa frágil

dispuesta para huir chapoteando la noche;

porque aquí nos partieron el grito medio a medio

para hollarnos el mismo carozo de la furia,

es que hemos vuelto y vamos empuñando los vientos,

sísmicos como un himno, corales como un trueno,

separando la luz de las tinieblas,

soltando el toro cósmico de la entraña del pueblo.

Geografía que anda, rostro de muchos rostros,

manos de hacer la vida y deshacer la muerte,

venimos dando tumbos como el lecho de un río,

de la lluvia, del lento deshielo del silencio,

alud ahora, extensa crecida del sollozo,

ceniza reunida por las crepitaciones

de la índole ígnea del volcán de la vida,

a ocupar cada palmo de patria continente,

las usinas de sangre, las calles malheridas,

los fundos del horror donde cayó el abuelo

sobre su último surco

con las manos calientes aún por las semillas;

el manzanar, las vides de ajena primavera,

los cuarteles del odio,

la ternura paloma del patio de la escuela,

para ordenar cantando la claridad del siglo

y la definitiva liberación de América.

Todos a una, somos el útero del tiempo.

Nuestras madres de barro han parido los héroes.

Somos el subterráneo país del nacimiento.

La memoria del canto. La multitud del beso.

Un motín de guitarras sube por nuestra sangre

empinando la copla fusil del hombre nuevo.

Un torrente de Juanes derriba las compuertas

donde el río del hombre se empozaba muriendo,

Un cauce de Marías viene como clamando

y en sus polleras tórridas estalla la creciente.

Ahí vamos trepidando el grito colectivo,
la canción tumultuosa, la palabra con hueso,
somos ese estampido capitán del tumulto
que ha preñado los mapas de temblores violentos
de modo que la historia no se cuente por héroes
solos y descarnados como dioses terrestres,
sino por el abono popular y multánime
que subyace en la lúcida rebeldía del pueblo.
Vamos manifestando la luz hacia adelante.
País en asamblea. Reunión de lo nuevo.
Célula creadora. Múltiplo detonando el alba,
la vanguardia del hombre venidero.
Al fin la mano unida, el paso muchedumbre,
el movimiento unánime, el plenario del puño.
Como un enardecido vendaval del martirio
ha estallado en la historia la tempestad del pueblo.

Buenos Aires, 17 de noviembre de 1973

VOCABULARIO

Acullico Bolo de hojas de coca que, hoja por hoja, hacen los habitantes de la Puna antes de empezar sus tareas y mantienen dentro de la boca sobre el maxilar, chupando su jugo lentamente.

Achurero Vendedor ambulante de ciertas visceras comestibles del animal vacuno, muy popular en los barrios pobres de las provincias argentinas.

Ají quitucho Variedad del ají muy picante de la provincia de Salta.

Algarroba Fruta en vainas del árbol del mismo nombre oriundo del noroeste argentino. De su fermentación se extrae una bebida llamada aloja, de gran consumo popular. De la harina que se hace en el mortero elaboran un pan cocido al horno llamado patay que es preciada golosina de los niños. Es muy común que estos consuman su vaina simplemente masticada.

Aloja Bebida que se obtiene de la fermentación de la vaina de algarrobo.

Amauta Sabio, maestro, filósofo de las antiguas comunidades americanas del Jucario.

Antigal Cementerio indio, se dice también de los restos arqueológicos de las ciudades perdidas, al sur de América.

Angastaco Departamento de la provincia de Salta, Argentina, en los valles kalchakíes donde se cultiva la vid.

Asador Experto en asar la carne en las distintas regiones de la Argentina, cada una de las cuales tiene procedimientos especiales, pues el asado es el plato nacional.

Baguala Género musical típico de las provincias del norte de Argentina y fundamentalmente de Salta; consiste en un canto monorrítmico en falsete en base a coplas, que se acompaña con un instrumento de percusión llamado caja.

Bombo Instrumento de percusión que se fabrica de madera de cardón ahuecado y parches de piel de cordero. Se lo golpea con palillos y produce un sonido subterráneo y potente. En Santiago del Estero, Argentina, se fabrican los llamados bombos legüeros por la extensión de su sonido.

Cachi, Cachi adentro Departamento de la provincia de Salta en la cumbre de los valles kalchakíes, a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar donde se cultiva principalmente el pimiento y se conservan importantes yacimientos arqueológicos de la época precolombina.

Cacho Cuernos, pedazo de algo.

Cafayate Departamento de Salta, en los valles kalchakíes, que se destaca por su producción vitivinícola y la calidad de sus productos.

Caldillo Caldo que se prepara con restos del asado al que se le agrega al momento de servirlo muy caliente un huevo y un puñado de ají molido. Muy popular en Mendoza, Argentina; es costumbre beberlo al amanecer «para componer el cuerpo».

Cardones Variedad de cactus muy común en la región norteña de Argentina.

Carnaval Fiesta máxima de los pueblos del altiplano de Bolivia y Argentina.
Cazuela Plato típico de Chile y las provincias del oeste de la Argentina.

Colita de cuadril Cierto corte de carne vacuna del que se obtiene una chuleta muy jugosa, típica del sur de la provincia de Buenos Aires, Argentina.

Cojudo Corajudo.

Combo Masa de hierro, gran martillo; se usa para moler mineral.

Cordobazo Levantamiento popular producido en la provincia de Córdoba, Argentina, de gran resonancia política durante la dictadura del general Onganía, el 29 de mayo de 1969, que produjo su derrocamiento.

Chacarera Danza típica originaria de Santiago del Estero con coplas y ritmo sincopado.

Chalona Carne de oveja secada al sol.

Charqui Carne de vaca deshidratada al sol, tasajo, cecina.

Chaya juego con agua, albahaca y harina, que se practica para las fiestas del carnaval en las provincias del noroeste de Argentina y principalmente en La Rioja. Género musical de ritmo vivo originario de la misma provincia.

Chicharrón Trozo de grasa pella fritada para extraerle el jugo con el que se fríen pastelitos y empanadas.

Chuychuy Exclamación de frío en idioma quechua.

Dorado Variedad de pez muy codiciado, típico del río Paraná en la región mesopotámica de la Argentina.

El Chocón Región de la provincia del Neuquén, al sur de la Argentina. ***Endriago*** Monstruo mitológico muy popular en dichos y consejas de la época del descubrimiento de América.

Especiería Tráfico de especias.

Falta envido Envite máximo del juego de truco.

Fortines Se dice de los lugares de fiesta para el carnaval, en la provincia de la Rioja, Argentina.

Frangollo Harina de maíz o trigo molido grueso.

Gauderio Voz portuguesa a la que se le atribuye el origen de la palabra gaucho.

Grasa pella Variedad de grasa muy fina del animal vacuno y porcino.

Guaschalocro Plato típico del noroeste de Argentina que consiste en choclo granado y trozos de zapallo, fundamentalmente.

Huaca Sepultura aborigen, tesoro escondido.

Kalchaky Raza aborigen que habitó los valles de la actual provincia de Salta.

Camote Tubérculo de gusto dulce. Batata. Enamoramiento.

Kipus Sistema de lenguaje gráfico, de cordeles anudados, en el Imperio de los Incas. ***Locro*** Plato típico de Argentina que consiste en maíz majado, tripa gorda y grasa pella. En cada región tiene variantes en su preparación.

Macha Borrachera.

Majado Se dice del maíz o grano, molido en mortero.

Malambo Danza típica del sur y del norte de Argentina consistente en un torneo zapateado en el que no intervienen mujeres y cuyo origen es desconocido.

Mapuche Raza aborigen del sur argentino.

Mazamorra Postre en base a leche y harina de maíz que se sirve con canela.

Mazamorrera Vendedora ambulante de mazamorra en la época colonial.

Moncholo Variedad de pez del río Paraná.

Ocote Tripa gorda.

Pacú Pez de río.

Pachamama Principio y fin de todas las cosas, madre tierra, deidad de las antiguas comunidades de América del Sur.

Palo santo Árbol de madera muy dura y fragante.

Paraná Río principal de la Argentina.

Pitar Fumar.

Pukllay Muñeco que representa al diablo que se quema para las fiestas del carnaval en las provincias del norte de Argentina.

Puna Zona del altiplano argentino-boliviano, tierra alta, páramo.

Putaparió Variedad de ají muy picante.

Runa Hombre, en idioma quechua.

Sancocho Cualquier alimento simplemente hervido con sal, muy pobre en

valor alimenticio.

Santiago Santiago del Estero.

Socavón Picada o brecha muy profunda de la mina.

Surubí Variedad de pez de exquisito sabor de la región del Paraná.

Taba Pequeño hueso del animal vacuno adulto en forma de S con el que se hace un objeto que lleva de cada lado unas planchas de bronce y hierro y es el elemento principal del juego de taba, muy popular en el campo y en base a apuestas sobre de qué lado ha de caer.

Tiahuanaco Región del Alto Perú, perteneciente a la República de Bolivia que alcanzó en la antigüedad precolombina un alto grado de civilización y desarrollo.

Tonada Género popular de canto que se practica fundamentalmente en la República de Chile y las provincias de Mendoza, San Luis, San Juan y La Rioja.

Trapalanda Ciudad mitológica de la época de la Conquista a la que se le atribuía estar construida de plata, oro y diamantes, llamada también Ciudad de los Césares.

Truco Juego nacional de la Argentina que se practica con la baraja española y cuyas reglas son de muy difícil aprendizaje.

Tuco Salsa en base a tomate con que se acompañan las pastas en la cocina argentina de origen italiano.

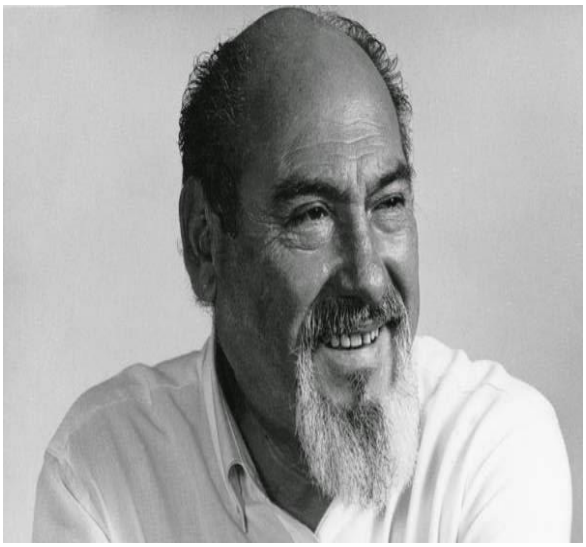
Tucumania Región de influencia del Imperio Incaico en el territorio argentino que llegaba hasta la provincia de Tucumán en el centro norte del país.

Vidala Género de canto en base a coplas de acento triste que se practica en las provincias del norte de Argentina.

Villa Miseria Poblaciones marginales de las grandes ciudades argentinas equivalentes a las poblaciones callampas de Chile o los cantegriles uruguayos.

Yaraví Género de canto de Bolivia y Perú, plañidero y profundo, que deriva casi siempre en el ritmo vivo del wayñu o huaino, al que suele acompañárselo con

quena.



ARMANDO TEJADA GÓMEZ (Mendoza, Argentina, 1929 - Buenos Aires, 3 de noviembre de 1992). Autodidacta, escribió su primer libro de poemas a los quince años, alternando su producción con trabajos rurales y de obrero de la construcción, en cuyo gremio militó, hasta ingresar a la Radiotelefonía en L. V. 10, Radio de Cuyo, de su provincia natal. Era locutor profesional. Su primer libro apareció en 1954, gracias a haber obtenido el Premio Municipal de la Capital de su provincia. Ya en 1940 había iniciado su labor autoral junto al compositor Manuel Oscar Matus, su comprovinciano, con quien fundó en 1963 el Movimiento Nuevo Cancionero que dio origen a la Nueva Canción Lationamericana. Pero, comprometido en las luchas gremiales y políticas, resultó electo diputado en la Legislatura Mendocina en el período 1958/60. En 1959 fue invitado a la República Popular China, la U. R. S. S., Checoslovaquia y Francia. En 1961 ganó la Primera Recomendación del Jurado de la Casa de las Américas, en La Habana, Cuba, con su libro *Los Compadres del Horizonte*. En 1964, se trasladó a Buenos Aires. Es en ese año, que se dedica integralmente a su tarea artística. Monta espectáculos en teatros, salas y festivales de la Capital y por todo el país, alternando su labor con giras a Europa y a América Latina. Sus libros conocen sucesivas reediciones y crece tanto su producción literaria como cancionera, al punto que sus poemas, libros y canciones, han sido traducidos a unos treinta idiomas, incluidos el chino, hebreo, danés, yugoeslavo, ruso, inglés, italiano, etc. Sus canciones integran el repertorio de la casi totalidad de los intérpretes folklóricos y populares argentinos y latinonamericanos, tales como Mercedes Sosa, Chabuca Granda, Ariel Ramírez, Jairo, Lito Vitale, Los Fronterizos, Los Andariegos, Marián Farías Gómez, Víctor Heredia, César Isella, Cuarteto Zupay, José Ángel Trelles, Quinteto Tiempo,

Horacio Guarany, Ginamaría Hidalgo, Leonor González Mina, Luis Ordoñez, Guillermo Guido, Los Trovadores, Duo Salteño, Opus 4, el Coral Demo, Moncho Mieres, Perla Aguirre, Enrique Llopis, Nascencia, el grupo Sanampay de México, Daniela Mercuri, Jorge Viñas, Julio Lacarra, etc.

Habiendo tomado vuelo popular los temas: *Canción con Todos, Fuego en Anymaná, Zamba del riego, Volveré siempre a San Juan, Canción para un niño en la calle, Coplera del prisionero, Zamba del nuevo día, Regreso a la Tonada, Paloma y Laurel, Zamba del laurel, Milonga para una calle, Canción de la ternura, Balada de marzo, Canción de lejos, Canción del forastero, Zamba Azul, Triunfo Agrario, La Pancha Alfaro, Canción de las simples cosas, Resurrección de la alegría*, entre otras.

En 1974, ganó el Primer Premio de Poesía de La Casa de las Américas, Cuba, con el *Canto Popular de las Comidas* y en 1978, el Premio Internacional de Novela, por *Dios era Olvido*, Bilbao, España, editado por Espasa Calpe, Madrid.

Aparte de estas, su obra ha merecido las siguientes distinciones:

Primer Premio Ciudad de Buenos Aires, en

el Primer Festival Ibero-Americano de la Canción y la Danza, por su *Canción del Centauro*, con música de Ivan Cosentino.

Primer Premio SADAIC, por *Elogio del Viento*, con música de «Cuchi» Leguizamón.

Premio Festival de la Patagonia en Punta Arenas, Chile, por *Fuego en Anymaná*, con música de César Isella.

Premio de Honor, por *Dios era Olvido*, Mejor Novela, bienio 80/82 Fundación Dupuytrén, Buenos Aires.

Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía, Buenos Aires, por el conjunto de su obra poética.

Integró la terna para el Gran Premio Fundación Konex, Mejor Autor Popular, Cien años de Música Argentina, 1985.

Gran Premio SADAIC, 1986, por el conjunto de su obra cancionera.

En el año 1991 su obra fue declarada de interés educativo por el Gobierno de

la Provincia de Buenos Aires.

Grabó diez discos de larga duración con sus poemas en su voz, en Argentina, Cuba y México.

Sus obras integrales para cantantes, conjuntos y voz recitante, son: *Los oficios del Pedro Changa*, CBS, con Los Trovadores. *Tonada larga para el País del Sol*, cantata mendocina, con el conjunto Nacencia, música de Daniel Talquenca. *Cancionero de las comidas argentinas*, música de «Cuchi» Leguizamón, Duo Salteño. *Coral Terrestre*, con el conjunto Sanampay, México, editorial Todos los Pueblos. *Cancionero Político Argentino*, con Alberto Sbezzi, inédito. *El otro Sur*, canto al Neuquén, con Alberto Zapata, inédito.

Por iniciativa de sus familiares y con el apoyo de SADAIC, la Casa de Mendoza y la Sub Secretaría de Cultura y Comunicación Educativa de la Provincia de Mendoza sus restos descansan en su Guaymallén natal desde el 21 de abril del año 1993, fecha en que hubiera cumplido 64 años.